



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

LA NUEVA DERECHA CHILENA

La diferencia en el uso del concepto en Chile (1990-2010-2020)

TFM para optar al grado de Máster en Teoría Política y Cultura Democrática

ESTEBAN RENATO ALVARADO VERA

Tutora: Profesora Paloma Román Marugán

Facultad de Sociología y Ciencia Política
Máster en Teoría Política y Cultura Democrática
Madrid
2020-2021

ÍNDICE

Declaración de no plagio	2
Índice	3
Resumen/Abstract	4
Introducción	5
La derecha chilena en la encrucijada	5
Capítulo I	
Marco Teórico	
1.1 La cuestión de la Nueva Derecha	10
1.2. Nueva Derecha en América Latina	17
Capítulo II	
Los orígenes de la derecha chilena post dictadura	
2.1. Antecedentes históricos de la derecha chilena	26
2.2. ¿Qué ocurrió con la derecha en dictadura?	30
2.3. El retorno a la democracia: UDI y RN en un escenario político renovado	32
Capítulo III	
El Chile del Bicentenario: La Nueva Derecha	
3.1. Una derecha a la sombra de Pinochet	34
3.2. Los partidos políticos de la Nueva Derecha: adiós a Pinochet	36
3.3. 2010: El triunfo de la Nueva Derecha Chilena	39
3.4. Análisis sobre el concepto de la Nueva Derecha en Chile: la diferencia	40
Capítulo IV	
De Nueva Derecha a Derecha Social	48
4.1. La Derecha Social	52
4.2. El concepto de republicanismismo popular	58
Conclusiones	61
Referencias bibliográficas	69

RESUMEN

Este trabajo pretende mostrar brevemente la discusión académica sobre lo que se entiende por Nueva Derecha y el uso del concepto en Chile. A través del análisis de diversos autores y de la evidencia recabada, se plantea que en el caso de la Nueva Derecha Chilena existe una diferencia clara con lo que se puede comprender por tal en el contexto europeo. La Nueva Derecha Chilena si bien entronca con una tradición republicana decimonónica, recoge en la actualidad un apoyo irrestricto a los valores democráticos y a un carácter de importancia del rol del Estado, conjugando un recursos retórico –la novedad o renovación- con elementos de fondo en sus planteamientos políticos de cara al siglo XXI.

ABSTRACT

This work aims to briefly show the academic discussion on what is understood by New Right and the use of this concept in Chile. Through the analysis of various authors and the evidence collected, it is suggested that in the case of the Chilean New Right there is a clear difference with what can be understood as such in the european context. Although the Chilean New Right connects with a nineteenth-century republican tradition, it currently gathers unrestricted support for democratic values and an important character of the role of the State, combining a rhetorical resource - novelty or renewal - with background elements in its political approaches for the XXI century.

INTRODUCCIÓN

La derecha chilena en la encrucijada

Han pasado algunos meses desde que en Chile se vivieron las elecciones más importantes de los últimos treinta años. La generación anterior tuvo la oportunidad de votar en el histórico plebiscito de 1988 en el que se selló el fin de la dictadura. La actual, eligió en un proceso transparente y con plenas garantías democráticas a los 155 representantes que conformarán la convención constitucional que tendrá la misión de redactar la nueva carta fundamental de la septentrional nación.

Más allá de los análisis sobre la participación, que no superó el 43% del padrón habilitado para votar¹, las lecciones de las votaciones llevadas a cabo los días 15 y 16 de mayo conducen hacia la necesidad de mirar más allá del acontecimiento y, al igual que ocurre después de un sismo de gran magnitud, comenzar a recabar información, para así, hacer las lecturas precisas de los resultados y sus implicancias.

El camino que llevó a Chile a este escenario se puede rastrear hasta el 19 de octubre de 2019, cuando se produce una serie de incidentes violentos, que comenzaron con protestas de estudiantes secundarios por un alza en el pasaje del transporte público, y que desembocaron en una noche en que cuarenta estaciones del Metro de Santiago fueron quemadas, seis de ellas con destrucción total, además de saqueos a supermercados y violentos enfrentamientos entre manifestantes y las fuerzas de orden en diversos sectores de Santiago, la capital, y otras ciudades del país.

El clima beligerante llevó a pensar -en *sottovoce*- incluso la posibilidad de que el gobierno de la coalición de derechas, encabezado por Sebastián Piñera Echenique, terminara antes de cumplir con su mandato constitucional. La situación se distendió cuando la madrugada del jueves 15 de noviembre, las principales fuerzas políticas con representación parlamentaria, firmaron el denominado “*Acuerdo por la paz social y la nueva constitución*”², en el que se estableció el camino para un plebiscito que consultaría a la ciudadanía sobre la posibilidad de convocar un mecanismo de redacción de una nueva Constitución.

¹ Fuente: SERVEL, Servicio Electoral de Chile. Ver en <http://www.servel.cl>

² El documento puede ser consultado en el sitio web de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Disponible en https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/76280/1/Acuerdo_por_la_Paz.pdf

Este plebiscito debió haberse realizado en abril de 2020, pero por la situación sanitaria que afecta al mundo en general y a Chile en particular, fue pospuesto para las fechas que se han indicado previamente.

Antes de poder mirar lo ocurrido en este acto, es clave tener la capacidad de advertir que fue ésta la salida institucional a la crisis chilena de 2019, pero que en ningún caso puede asegurar un camino automático al desarrollo y a ver la luz al final del túnel, sobre todo considerando lo volátil de la situación política y el escenario electoral que se asoma luego de este nuevo baraje de naipes. Lo que se inició en ese momento fue un camino no tan largo, pero que ha estado marcado por la instalación de la Convención, sus deliberaciones y, posteriormente, el plebiscito de salida, que podría aún echar por tierra todo lo escrito en la asamblea³. Para más sazón, a eso se agrega que en julio se desarrollaron las primarias de la elección presidencial, pues en noviembre los chilenos concurrirán a las urnas para elegir a un nuevo presidente, renovar la totalidad de la Cámara de Diputados y una fracción del Senado. Es decir, para un politólogo, para los expertos en campañas electorales, para los apasionados por el marketing electoral y para el mundo, Chile estará en una efervescencia electoral nunca antes vista en la historia moderna de América Latina.

Pero analicemos algunos resultados para poder comprender por qué son importantes y relevantes para el estudio que aquí se presenta.

Pues bien, de los 155 escaños de la convención constituyente, los partidos de derechas obtuvieron un total de 37, muy lejos de los 52 que eran necesarios para poder ejercer un poder de veto en las deliberaciones. A pesar de que este número no lo alcanzó ninguna de las listas en competencia⁴, llama la atención el ingreso en masa de candidatos independientes fuera de pacto, 48, la debacle de sectores de la centro izquierda o izquierda moderada (28), es decir, la antigua Concertación y Nueva Mayoría, coaliciones que gobernaron Chile desde 1990 hasta 2010 y luego de 2014 a

³ Para hacer más complicado todo este proceso, la última semana se ha desatado una polémica en torno al integrante de la Convención, Rodrigo Rojas Vade, quien basó su campaña en el supuesto cáncer que padecía, mostrando incluso un aspecto calvo y sin cejas, exponiendo en las calles los catéteres que se utilizan para las quimioterapias, llegando –incluso- a informar en su declaración de intereses y patrimonio que sus pasivos correspondían a deudas para financiar tratamiento contra el cáncer. En entrevista con el diario La Tercera, Rojas Vade confesó –luego de las evidencias presentadas por el medio de comunicación- que no padece cáncer. Ver https://www.abc.es/internacional/abci-rodrigo-vade-chile-impostor-enf-202109070151_noticia.html

⁴ Fuente: EMOL. Disponible en <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2021/05/16/1020754/Convencion-Constitucional-Conformacion-Constituyentes-Elegidos.html>

2018. Junto con lo anterior, irrumpen fuerzas radicales de izquierda (25) y la novedad de los sitiales reservados para pueblos originarios (17)⁵.

El trabajo que se presenta a continuación es, pues, un estudio sobre la derecha, en específico la derecha chilena o lo que se ha denominado Nueva Derecha Chilena, delimitado temporalmente en el periodo posterior al retorno a la democracia, y teniendo como hito la llegada al poder por parte del sector en el año 2010. Considerando ese acontecimiento, la derecha en Chile no ocupaba La Moneda desde el periodo de Jorge Alessandri Rodríguez, entre 1958 a 1964, a quien sucedió el democristiano Eduardo Frei Montalva. El cambio que significó en la política chilena el ascenso al poder del socialista Salvador Allende, la crisis generalizada que se desató durante su gobierno y la posterior dictadura, marcaron para siempre la historia de una de las democracias más sólidas y estables de la región. Si no tenemos en perspectiva estos antecedentes, no es posible comprender lo que son hoy las derechas en Chile.

Para el análisis general y la redacción de un texto como este, ha sido necesario estar atento al día a día en la agenda chilena. Cada día se presentan novedades, polémicas, datos desconocidos o declaraciones que, como vientos inesperados, cambian la navegación de los actores y, por cierto, de quienes estamos mirando desde lejos lo que ocurre. La política electoral es así y los principales cambios devienen en breves periodos de tiempo, que si bien no podemos denominar revolucionarios, al menos sí calzan con el concepto de episodios pivotantes o bisagra en la historia política. Por razones lógicas y metodológicas, este trabajo no ahondará en la historia política del periodo 1970-1990, para lo cual hay una diversidad de bibliografía que se ha producido, de la cual se recomienda al lector las excelentes crónicas de Ascanio Cavallo (“Historia oculta del régimen militar” e “Historia oculta de la transición”) que pueden encontrarse en diversas ediciones, además de los análisis más cercanos a la ciencia política del sociólogo Tomás Moulián o Manuel Antonio Garretón.

Originalmente el principal objetivo de investigación versaba sobre lo que es o son las derechas en Chile y si calzan o no en el concepto de Nueva Derecha, esta vez con mayúsculas. Si bien es cierto esta pregunta de investigación se mantiene, al igual

⁵ Si bien es cierto se eligieron 48 independientes y 17 reservados a pueblos originarios, no es posible identificar inmediatamente las votaciones de estos representantes en algún sector político. Es probable que exista una tendencia a inclinarse hacia la izquierda, pero en ningún caso implica que no hayan sido electos independientes de derecha que se sumen a la bancada de los partidos tradicionales del sector.

que el objeto, está claro que las condiciones del mapa político chileno se han actualizado y, en lenguaje de sastre, queda aún mucho paño que cortar.

De este modo, es imposible dejar ajeno a este trabajo un pequeño análisis de posibles escenarios a los que se enfrente la política en ese país, por lo que se desagregan dos objetivos secundarios, que tienen que ver con identificar las diversas corrientes dentro de los partidos de derechas en Chile, sus antecedentes históricos y las diferencias en términos ideológicos con el contexto teórico político europeo. Por otra parte, se incluye el análisis antes mencionado, sobre los posibles derroteros que podría seguir la derecha chilena a partir de este momento.

En términos metodológicos, a modo de marco teórico, se hace una breve reseña sobre conceptos como Nueva Derecha, en el sentido de un movimiento que surge en la Europa de posguerra y que se yergue como una reacción a las consecuencias del fascismo y la identificación de la derecha radical con este. En ese sentido, es posible adelantar que surge de inmediato un problema de intraducibilidad de conceptos, pues por muchas aparentes semejanzas que puedan surgir, por ejemplo entre las derechas chilenas y españolas, no se debe olvidar que, en el caso americano, la raíz profunda es republicana y no monárquica, por lo que ya se advierte ahí una diferencia que es necesario destacar y que se analiza en este trabajo.

En el marco teórico, entonces, gracias a la revisión de autores, se presenta de manera breve el concepto de Nueva Derecha, y ya se advierte que en el caso de Chile, éste es aplicado en sentido retórico y no de contenidos. En esta misma sección, se problematiza sucintamente sobre el problema de la intraducibilidad.

El estudio está estructurado en base a la búsqueda de características y definición de lo que es la derecha actual chilena, o las derechas actuales chilenas, teniendo en cuenta que ella “no podría ser definida por un conjunto de creencias estáticas, inmunes a las restricciones políticas y la necesidad de los partidos de conquistar el poder. Si esto es así, no es posible entender cabalmente el significado de esta posición política en la historia reciente de Chile mediante un concepto normativo. Siguiendo a Gibson, diríamos que se requiere integrar los componentes de una definición mínima con los elementos estratégicos esenciales que implica hacer política en un momento histórico específico, desde un sector social y político determinado” (Mella, 2019, p. 115)

Para el estudio de lo que es la derecha en Chile, el análisis se ha realizado a través de la confrontación de fuentes secundarias, principalmente del área de la

disciplina histórica, reconociendo los aportes a la materia de historiadores como Sofía Correa Sutil y el trabajo riguroso –también cualitativo- que ha realizado el Centro de Estudios Públicos, uno de los principales centros de pensamiento chilenos, que podría ligarse con sectores de derechas, aunque tal relación no es intrínseca.

Hoy la derecha chilena se encuentra en una encrucijada: el gobierno de Sebastián Piñera registra sus peores índices en popularidad y aprobación, los partidos de derechas no han logrado una representación de un tercio que asegure el poder de veto en la asamblea constituyente, han sufrido una estrepitosa caída en cantidad de alcaldes y concejales electos y, finalmente, se enfrentan a un año turbulento con una elección presidencial a la vuelta de la esquina.

¿Existe, entonces, una nueva derecha chilena o será el momento ahora para que surja? Las respuestas en torno a esta pregunta son las que se comentan y analizan en este trabajo.

CAPÍTULO I

MARCO TEÓRICO

1.1 La cuestión de la Nueva Derecha

Lo primero que se viene a la cabeza antes de comenzar a escribir estas líneas es si el concepto “nueva derecha” debe ir con mayúsculas o minúsculas. Esta discusión, quizás, no se ha dado de manera tan formal, pero sí es parte de las cuestiones que se pretenden abordar en este estudio.

De forma preliminar, es posible señalar que para el caso chileno, el concepto de “nueva derecha” no se ha usado formalmente para referirse a una forma de pensamiento o doctrina en particular, sino que como un elemento retórico para señalar renovaciones o transformaciones en los partidos o modos de actuar de sectores tradicionales de derechas.

En el caso europeo, la “Nueva Derecha” (ND) corresponde a una doctrina, a un concepto claro que tiene una referencia específica, de la cual se recogen a continuación sus principales características.

En términos generales, ND se relaciona con los cambios políticos posteriores a la Segunda Guerra Mundial y a una pretensión “de responder a demandas (...) favorables a una revisión radical de la ideología fascista” (Griffin, 2007, p. 73), lo que nos lleva a pensar en que en términos teóricos la ND podría comprenderse como una reacción a la catástrofe que significó el fascismo para los sectores de derechas, y a la necesidad de buscar una nueva forma de seguir vigente en el ruedo político, sin renunciar a los principios básicos fundamentales del fascismo como ideología. La discusión académica al respecto nos encamina hacia lo planteado por quien se entiende como el mentor de la ND, el francés Alain de Benoist, quien señala que esta corriente “está motivada por la necesidad de repensar los valores contemporáneos con un espíritu profundamente antifascista, antinacionalista, antitotalitarista y antirracista” (Griffin, 2007, p. 68). Lo interesante es que el mismo Benoist agrega que la discusión sobre qué es la ND “no se sitúa en el plano político, sino cultural” (Benoist, 1982, p.12).

Como antecedente en la historia del desarrollo de la ND es importante mencionar la fundación del grupo o centro de pensamiento GRECE (*Groupement de Recherche et d'Etudes pour la Civilisation Européenne*), encabezado por el propio

Benoist, que “nace como una (...) alternativa a la decadencia de occidente, de ahí su carácter palingenésico” (Badenas, 2020, p. 202). Según Juanma Badenas, la ND es “una vertiente más del intento de superar la diada Derecha-Izquierda” y que la ND de GRECE “podría considerarse un movimiento fundamentalmente derechista, pero con algunos toques de color izquierdistas y con algunas ideas originales difíciles de catalogar, como, por ejemplo, el paganismo, el federalismo regional y su concepción unitaria del mundo, con forma de pluriverso” (Badenas, 2020, p. 212). Lo anterior se complementa al considerar, desde ya, la incorporación en este debate de conceptos como derecha radical o derecha extrema. Si bien es cierto no se profundizará en este asunto, es clave poder tenerlos presentes, ya que es entre todos estos donde surgen la confusión sobre lo que es o no nueva derecha, entendida como fenómeno casi academicista más allá del debate político electoral. De todos modos queda en evidencia la influencia de la ND en los sectores radicales, pues “la ideología de la nueva derecha radical va a beber de los planteamientos palingenésicos de la Nueva Derecha de Charles Champetier y Alain de Benoist (GRECE). Esta corriente de pensamiento defienden la teoría del etnocentrismo y la diferenciación, con la pretensión de rehusar cualquier relación con los fascismos (vinculados a la extrema derecha), acogiendo, incluso, el concepto de hegemonía cultural de Antonio Gramsci” (Lerín, 2019, p. 110).

Alan de Benoist data el nacimiento de la ND en mayo de 1968 reafirmando que los problemas que aquejan a la sociedad francesa y europea en ese momento son principalmente culturales (también muy en el contexto de la Guerra Fría), indicando que incluso la pugna de las ideologías es más fuerte y preponderante que las disputas partidarias “y que los debates acerca del marco, el modo y el sentido de la vida importan infinitamente más que los que versan sobre las instituciones o formas de gobierno” (Benoist, 1982, p. 16).

El plano de acción de la ND estaría entonces no en la arena política electoral, como podríamos suponer, sino que en otro del que pretende sacar cierto aire de superioridad moral en contraposición de las tradicionales luchas entendidas como políticas. El mismo autor señala que la ND es un conjunto –informal, ya lo he dicho– de grupos de estudio, asociaciones y revistas cuya actividad se sitúa exclusivamente en el terreno cultural (...) [que] se sentían en total ruptura con la vieja derecha, tanto en el terreno de la sensibilidad como en el de las ideas, y sobre todo ajenos a sus

crispaciones tradicionales: el totalitarismo, el colonialismo, el nacionalismo, el racismo, el orden moral”. (Benoist, 1982, p. 15)

La cuestión entonces es que este concepto acuñado en la década de los setenta del siglo XX, se plantea –por parte de su principal impulsor- como una ruptura con el antiguo fascismo, pero la dificultad teórica aparece cuando existe la posibilidad de atisbar una necesidad de renovación –o en lenguaje más soez- de maquillaje de posiciones del fascismo puro, para así justificar la presencia de sectores de derecha radical en la escena política europea. Tomando de esta hebra, es importante señalar aquí que se plantea desde el punto de vista metodológico la necesidad de constatar si este fenómeno ocurre en Chile o, por extensión, en América Latina. De este modo, el primer elemento diferenciador es que el subcontinente no fue escenario de guerra durante ninguno de los dos conflictos mundiales⁶, ni tampoco conoció el fascismo o nazismo en sus vertientes puras, por lo que no sería posible *a priori* definir una nueva derecha americana, en base a las consideraciones antes expuestas en la concepción de Benoist.

Al margen de lo que plantea el autor francés, y considerando a la historia del siglo XX como eje, es importante tener siempre presente que el fascismo como ideología se instala antes que el nazismo, y que en ningún caso se corresponden como ideologías. Surge entonces la discusión sobre si el término fascista puede o no utilizarse más allá de su relación con el nazismo, pues tal como señala Griffin, fascismo es una palabra “altamente emotiva, empapada de connotaciones nazis, usarla en relación con formas de pensamiento que no son genuinamente antinazis puede generar confusión y provocar una justa indignación” (Griffin, 2007, p. 71). El autor, por tanto, explicita que el uso del concepto no designa “ningún vínculo directo con el Fascismo y el Nazismo, que fueron dos manifestaciones muy distintas de una raíz ideológica que puede sumir muchas formas diferentes” (Griffin, *ibid.*). Pertinente es, entonces, incluir lo señalado por Norberto Bobbio, pues “junto a la vieja derecha, derrotada, ha aparecido con deseos de revancha una `nueva derecha’” (Bobbio, 1996, p. 89) y que da pie para pensar en esa idea de la renovación, de la reacción a lo ocurrido en el pasado con la crisis que significó para las derechas europeas el alza del fascismo y la identificación general entre ambos, a pesar de que no son lo mismo. La

⁶ Es oportuno señalar aquí que en estricto rigor el continente americano no fue escenario de guerra, a pesar de algunas escaramuzas como lo ocurrido en 1915 con el hundimiento del Dresde en las costas de la isla de Juan Fernández en Chile o el Graf Spee frente a Montevideo en 1939, pero que en ningún caso significó una afectación a la población civil y a la estabilidad política de la región.

ND, entonces, tiene sus orígenes en el afán de “algunos neofascistas franceses (...) de cambiar su ideología y tácticas sin abandonar sus valores y metas fundamentales” (Griffin, 2007, p. 100).

De acuerdo a lo comentado anteriormente, es importante considerar la visión de la ND como una revisión de la ideología fascista y para ello podemos ahondar un poco más en esa relación como origen. Para Benoist⁷ “nuestra sociedad ofrece así el espectáculo asombroso de una derecha que no puede afirmarse como tal sin verse tachada de ‘fascismo’, y de una izquierda y una extrema izquierda que pueden en todo momento calificarse de socialistas, comunistas o marxistas, mientras afirman que sus doctrinas nada tienen que ver con el estalinismo ni con ninguna forma de socialismo históricamente realizado.” (Benoist, 1982, pp. 46-47).

La idea que se repite en este párrafo es la de dos corrientes políticas (izquierda y derecha) que luego de la Segunda Guerra Mundial tratan de diferenciarse de sus paradigmas, de sus dogmas originales: el fascismo (entendido como su versión italiana o el nazismo del Tercer Reich alemán) y el estalinismo soviético. De este modo, “entre 1968 y 1987 la revisión del fascismo realizada por la ND se basó en dos premisas. La primera era la adopción de la teoría de la primacía de la hegemonía cultural sobre la política (...) [y la segunda] fue la traslación de los lugares comunes recurrentes del fascismo de entreguerras, pensados dentro de un ‘nuevo discurso’, que se concebía [sic] deliberadamente como ‘metapolítico’ (es decir, un pensamiento que desdeñaba el foro de la política de partidos y la agitación paramilitar)” (Griffin, 2007, pp. 73-74).

Podemos observar, entonces, que esta renovación de la que se habla, tiene que ver con el hecho de que las derechas que se consideraron nuevas, tienen su origen en el fascismo y, a la vez, el estigma o pecado original autoritario, totalitario y genocida, implicaba una imperiosa necesidad de refundación. Ahí radica esta idea de desdén por la política de partidos, que podría rayar cercana en los fenómenos populistas, además del rechazo profundo por la agitación militar.

Si llevamos ese análisis al contexto latinoamericano vemos, otra vez, la imposibilidad de trasladarlo directamente, pero sí hay trazas de aquello en algunos fenómenos latinoamericanos como el peronismo en Argentina. En el caso de Chile, sin incluir la dictadura de Augusto Pinochet ya que escapa a todas las lógicas de

⁷ Tener en cuenta que escribe a fines de los setenta y principios de los ochenta.

análisis de teoría política que pretenden revisarse aquí, no es posible identificar ningún gobierno del siglo XX con el fascismo, a pesar de que algunos partidos hayan podido tener afinidad con ciertos aspectos, sobre todo los referidos al orden, la centralidad del poder y la idea siempre presente de terminar con el caos producido por la política. Es el caso del presidente Carlos Ibáñez del Campo, quien ocupó el poder por primera vez en la década de los treinta (dictadura), pero que posteriormente fue electo como independiente en 1952, llevando como máximo símbolo una escoba (para barrer con la corrupción y la politiquería), siendo conocido como el “general de la esperanza”. Por eso, me atrevo a afirmar que este tipo de fenómenos, más que acercarse a la definición clásica de fascismo, están más próximas al de populismo.

Volviendo a las ideas expuestas con anterioridad, Griffin explicita que hay por parte de la ND “un intento deliberado de mantener viva una agenda fascista de palingenesia cultural y eventualmente política, de un modo que supere convenientemente las manifestaciones nazis, profundamente desacreditadas, y se confine estrictamente en el ámbito de la *metapolítica*” (Griffin, 2007, pp. 81-82).

De lo anterior es posible desprender que en la actualidad se ha superado el concepto de Nueva Derecha y que, claramente, va más allá de una nueva mirada del fascismo y que, quizás, sea posible identificar mejor con otros conceptos como el aportado por Enzo Traverso, quien plantea la idea de nuevas derechas radicales (Traverso, 2018, p. 18) y que desarrolla observando lo ocurrido con el Frente Nacional en Francia, quizás en contrapunto al *posfascismo* que “parte de una matriz antifeminista, negrófoba, antisemita, homofóbica. Y las derechas radicales siguen unificando esas pulsiones (...). Sin embargo, en paralelo incorporan elementos de lenguaje y prácticas sociales por completo distintas, que no pertenecen a su código genético. (...) El cambio de piel republicano del FN se nutre de esas contradicciones (...) refleja una mutación histórica que la extrema derecha, si no quiere quedar marginada, está obligada a reconocer” (Traverso, 2018, pp. 45-46).

Teniendo en cuenta el concepto de Nueva Derecha, es importante ahora hacer –al menos– una breve aproximación a las corrientes de extrema derecha o derecha radical, más que nada para comprender el panorama en el que se sitúa la conversación al respecto.

Para el caso de Europa, por ejemplo, David Lerín utiliza el concepto de nueva derecha radical para diferenciar a una corriente de otra, catalogando a ésta como extrema derecha. Es decir, habría una diferencia entre una nueva derecha y la extrema

derecha, por lo que la idea de identificarlas e igualarlas no sería correcto. En concreto, Lerín señala que “una de las causas del éxito de estos partidos [se refiere a la nueva derecha radical] (...) es la actualización de su discurso político diferenciándose de la extrema derecha que sigue anclada en su vinculación con el fascismo sin apenas renovación ideológica” (Lerín, 2019, p. 96). Siguiendo esta lógica, en el caso chileno deberíamos comprender que la nueva derecha radical se identifica en el Partido Republicano, fundado en 2019 por José Antonio Kast, pero al mismo tiempo, según las características planteadas por este autor, el Partido Republicano también correspondería con la definición de un partido de extrema derecha, principalmente por la vinculación que podría tener éste con ideas cercanas al fascismo. “Estos partidos defienden postulados teóricos basados en el etnonacionalismo (rechazando la inmigración, sobre todo la ilegal y la no asimilable) y en la recuperación de mitos ultranacionalistas pre-modernos que desequilibran valores democráticos actuales de los principales partidos de Europa” (Lerín, 2019, p. 96).

Citando a Cas Mudde, Lerín señala que “debemos, por tanto, distinguir conceptualmente la `nueva derecha radical o derecha radical populista´ de los grupos fascistas o `extrema derecha´” (Lerín, 2019, p. 98). Así, posteriormente complementa esta idea al señalar “que la derecha radical populista es (nominalmente) democrática, aunque se oponga a algunos valores fundamentales de las democracias liberales, mientras que la extrema derecha es en esencia anti-democrática, al oponerse al principio fundamental de soberanía del pueblo” (Lerín, 2019, p. 103).

En relación a los partidos fascistas o de extrema derecha, es interesante seguir la descripción breve, pero precisa, que nos aporta Lerín. Para este autor, estos partidos “van a tener una base social de pequeña burguesía y clases medias pero que van a ser apoyados por las capas sociales más acomodadas en respuesta al crecimiento de los partidos socialistas y comunistas, que agrupaban principalmente a la clase trabajadora” (Lerín, 2019, p. 99). Tomando en cuenta esta definición, no queda absolutamente claro qué tipo o cuáles, se corresponden con la extrema derecha en el caso chileno. Para ello, es necesario trasladar el análisis, a modo de analogía, al periodo inmediatamente posterior al fin de la dictadura en 1990.

Teniendo en consideración este elemento, no es posible identificar en Chile algún partido político que, de forma pura, calce con la definición de extrema derecha. Es más, el mismo Lerín complementa la definición indicando que otro de los principios de estos es “acabar con la democracia parlamentaria, suprimir el pluralismo

político y crear un Estado autoritario o totalitario encarnado en un líder carismático e indiscutido y una ideología nacionalista y militarista” (Lerín, 2019, p. 99). De este modo, ninguno de los partidos políticos vigentes en Chile en 1990 se aproximan a esta definición y características, pero sí hay que tener en cuenta que tanto la Unión Demócrata Independiente (UDI) como Renovación Nacional (RN), contaron -en algún momento- con menciones en sus respectivas declaraciones de principios, sobre el reconocimiento de la obra del gobierno militar. En resumen, la extrema derecha, tal como aquí está caracterizada, no ha estado presente en Chile desde el retorno a la democracia, pues cada uno de los partidos o movimientos, jamás han negado la representación democrática y el Estado de derecho. Lerín asimila, entonces, la nueva derecha radical con la derecha radical populista, con “un marcado populismo anti-*establishment* (anti élite política)” y “definidos por su ‘etno-nacionalismo’ y una retórica populista” (Lerín, 2019, p. 100).

Finalmente, un aporte importante de David Lerín en torno a la discusión sobre la nueva derecha, es sobre otro concepto que aparece en el debate. Se trata del neoliberalismo, que muchas veces se entiende como sinónimo político de derecha, incluso como un término despectivo por parte de sus detractores. Así, “el concepto ‘neoliberal’ tampoco es adecuado para denominar a todos los partidos de la nueva derecha radical, ya que un [sic] parte importante de ellos defienden postulados cercanos al proteccionismo económico, y la gran mayoría de ellos reivindica ‘la preferencia nacional’ o el aumento de las ‘ayudas públicas a los nacionales’. De modo similar, no se pueden categorizar a estos partidos como ‘nueva derecha’ o ‘neoconservadores’, ya que tales conceptos hacen referencia a una ideología asociada a la defensa de la privatización, al libre mercado, a los recortes fiscales, al intervencionismo exterior, a la administración Bush y a figuras ‘*neocons*’ importantes como Paul Wolfowitz, Richard Perle, Dick Cheney, Donald Rumsfeld o James Woolsey” (Lerín, 2019, p. 97).

Por último, antes de cerrar este apartado una pequeña mención al proceso español, ya que para el caso de la influencia de la ND en España, es interesante ver la breve reseña que Julio Gil hace de ella en su obra “La estirpe del camaleón”, que es una historia detallada de la derecha en España desde 1937 a 2004. Como punto central, podría indicarse que la ND influyó en sectores de derecha extrema, con una imagen muy romantizada del franquismo, lo que coincide con la visión *metapolítica* de la nueva derecha. Señala, a su vez, que “en 1993 apareció el grupo del Proyecto

Cultural Aurora, destinado a difundir el pensamiento filosófico de la Nueva Derecha francesa, especialmente a través de la revista Hespérides (1993-2000), a cargo del periodista José Javier Esparza” (Gil, pp. 2019, 433-434).

1.2. Nueva Derecha en América Latina

Como se ha podido ver, la discusión en torno al concepto de nueva derecha estaría dentro de los denominados intraducibles, es decir, términos o conceptos que engloban un marco teórico determinado para un espacio y tiempo, pero que no son aplicables en otro contexto diverso, ya sea espacial, temporal o cultural. Así, para el caso de América Latina, me atrevo a afirmar que el concepto de ND no es posible trasplantarlo tal cual se ha expuesto en la sección anterior. Más aún, nueva derecha se ha empleado en Latinoamérica casi siempre en un sentido retórico, es decir, refiriéndose a un proceso de aparición, realineación o aparición de nuevos grupos políticos, pero todos ellos enmarcados más o menos en la misma tradición ideológica.

La discusión, entonces, no puede ir separada de procesos que –al parecer- son tan propios de América Latina, como por ejemplo los ciclos que se han dado entre gobiernos democráticos y dictaduras. Una primera aproximación a la nueva derecha en el subcontinente tiene que ver con eso.

Ante una visión pesimista de los ciclos políticos latinoamericanos, Franz Hinkelmmert plantea que la democracia es secuestrada, entre estas olas que pasan de dictaduras a democracias, todo orquestado –según su óptica que comparto sólo parcialmente- desde la Casa Blanca. Así, “este carácter instrumental de la democracia está ya incorporado a la historia de América Latina, en la cual –según décadas- se quita y pone la democracia. La democracia se transforma en un paquete de medidas a aplicar. Es un objeto, como cualquier objeto. En periodos de dictatorialización [sic], este objeto democracia se secuestra y se lo deja bien guardado en algún lugar. Y algún día, cuando se democratiza, se lo suelta y se aplica.” (Hinkelmmert, 1998).

Bajo este argumento, la nueva derecha en la región es la que cree en esa democracia, que podría ser considerada instrumental, y que cuenta –además- con el apoyo de los Estados Unidos. Podría incluirse aquí un adelanto de algo que se tratará más adelante, pero que tiene relación con las características de la derecha chilena, que institucionalmente ya dejó atrás su pasado dictatorial. A diferencia del caso chileno, “la nueva derecha de América Latina afirma la democracia en este sentido exclusivo

de instrumentalización. Es heredera de las dictaduras militares de Seguridad Nacional y viene con la vocación de asegurar el esquema de poder originado por estas dictaduras bajo formas democráticas. Como democracia instrumentalizada, la fe en la democracia es la fe en la salvación por una simple estructura” (Hinkelmmert, 1998).

Según lo planteado por Hinkelmmert, las ideas que están detrás de la nueva derecha en América Latina son las de una “afirmación del mercado, el control de los medios de comunicación, los sistemas electorales y la desvinculación entre democracia y derechos humanos” (Hinkelmmert, 1998). Así, debemos comprender que este autor entiende que gracias a la liberalización del mercado es posible que por medio de la propiedad privada se puedan controlar los medios de comunicación. Además de eso, señala que los sistemas electorales se diseñan de tal manera que no puedan haber verdaderas expresiones democráticas (algo de esto ocurría con el sistema electoral binominal en Chile hasta su cambio por el proporcional para la elección de ambas cámaras del Congreso Nacional⁸) y, lo que es muy importante, una desconexión o rechazo a la defensa de los derechos humanos. Este último punto es interesante de ejemplificar en el caso chileno, pues justamente luego del retorno a la democracia –en 1990- los gobiernos socialcristianos empujaron una agenda poderosa hacia la defensa de los derechos esenciales de las personas, además de un proceso de reconciliación y reparación a las víctimas de la dictadura. A medida que el tiempo fue avanzando, fueron los propios partidos de derecha los que reafirmaron este compromiso con los derechos humanos en sus declaraciones de principios e incluso eliminando las referencias de apoyo irrestricto al gobierno militar.

Es pertinente, pues, mirar un ejemplo. El caso peruano es bastante interesante, pues más allá de los lugares comunes que se tengan con respecto a lo que ha ocurrido en los últimos años, es fuente de movimientos políticos fuertes sobre todo a mediados del siglo XX. En ese sentido, al igual que en la mayoría de los países de América Latina, la conformación y origen de los partidos políticos de derecha corresponde al de tipo señorial agrario, que posteriormente se amplió hacia sectores mercantiles, burguesías ilustradas y empresarios. Si se pudiera hacer un resumen de lo que ha sido la derecha en Perú, nos podemos apegar a lo señalado por Mirko Lauer quien indica que la consolidación del bloque “(...) empieza por la modernización económica y

⁸ Cabe mencionar que el sistema electoral chileno para el caso de la conformación del Congreso Nacional (Senado y Cámara de Diputados) es el proporcional o método D’Hont, al igual que para las elecciones de concejales. Sólo en los casos de presidente de la República, gobernadores regionales y alcaldes se aplica un sistema de elección directa, con segunda vuelta, a excepción de los últimos.

administrativa del soporte empresarial y político de la propia derecha, e incluye la crítica del Estado por principio (y no sólo a partir de los resultados de su gestión), el reclamo de reglas del juego políticas que mitiguen las líneas clasistas populares en nombre del pragmatismo, el nuevo énfasis en la importancia de elaborar en el terreno de las ideas de fondo sobre la identidad nacional (como intentó hacerlo la derecha en los años 10 y 20), y la exigencia de que se reconozca que la esencia de la naturaleza humana es el egoísmo individualista, que los sectores menos humanistas de la burguesía llaman ‘libertad’ en abstracto” (Lauer, 1988).

Así, siguiendo la argumentación de Lauer, podemos darnos cuenta de que en ningún momento hay una referencia al fascismo –como sí es clave en Europa- y que en definitiva hay una “(...) separación de la idea de derecha de la de conservadurismo ante la opinión pública. Es improbable que esta nueva derecha desplace a la tradicional de los partidos y el empresariado en un futuro cercano, pero es un hecho que ella ha empezado a influir en la conformación de la imagen global de la derecha en Perú, y a competir con ella dentro y fuera del ámbito de lo derechista” (Lauer, 1988). El camino que señala el autor inevitablemente nos lleva a pensar en ciertos rasgos del fenómeno populista, tal como se ha esbozado en páginas anteriores.

Para Lauer, “esta nueva derecha ha venido intentando mantener relaciones distantes con la derecha política establecida y agrupada en los partidos Acción Popular (fundado en 1956) y Popular Cristiano (escindido de la Democracia Cristiana en 1966), pero una vez lanzadas sus propuestas a la arena política por el escritor Mario Vargas Llosa y su movimiento Libertad, esta distancia se ha podido mantener sólo a medias” (Lauer, 1988). La principal característica es el tomar distancia, el mantenerse alejado de sectores de cuño conservador, sin que estos tengan que compartir las ideas del conservadurismo europeo, sino más bien entendidos como la mantención de ciertos privilegios, sobre todo de las antiguas clases oligarcas.

La novedad en esta generalización de la nueva derecha en Perú es que se presenta por parte de algunos sectores la importancia de poder influir en el debate más allá de las diferencias electorales y partidistas. Quizás este elemento es común con la ND, el de separarse de la contienda cotidiana, y erguirse en un plano superior, incluso moralmente hablando. Así, “un aspecto adicional que hace a la derecha de De Soto⁹ y

⁹ Hernando de Soto es empresario y político peruano, fundador del Instituto Libertad y Democracia, con alta influencia en diversos gobiernos, principalmente con ideas de fortalecimiento de la propiedad privada y un orden jurídico sólido para favorecer la inversión privada.

Vargas Llosa diferente de las de los años 50 y de la actual, es su voluntad de dar la pelea por recuperar los espacios intelectuales y sociales ganados por las posiciones de izquierda populista y radical en los últimos decenios” (Lauer, 1988).

Por su parte, Francisco López Segrera en su texto resume las características de los gobiernos latinoamericanos que él denomina *posneoliberales*. Señala que “en el plano político, se desarrolla un populismo de corte asistencialista que implica importantes formas de subsidio a los sectores más desfavorecidos” (López, 2016, p. 65), confirmando la relación de las izquierdas latinoamericanas con el populismo, fenómenos que es importante señalar, no es exclusivo de aquéllas.

Es interesante ver cómo López Segrera relaciona la aparición de una nueva derecha como originada en “la incapacidad de los gobiernos pos-neoliberales para profundizar sus políticas y para construir un modelo alternativo de desarrollo” a lo que él agrega que se presenta “un escenario de bajos precios de las materias primas” (López, 2016, p. 67). Nuevamente nos encontramos con la utilización del concepto de nueva derecha superando al de la ND analizada previamente, pues confirma que se trata de una denominación a fenómenos que no tienen nada que ver con una renovación de los fascismos a la europea, sino que a identidades propias de la política latinoamericana. La clave en la visión de este autor está en la forma en que la clase dominante actúa, en cómo se posiciona en torno a sus objetivos, y el término nueva derecha encaja en una denominación por oposición. López Segrera señala: “Sin embargo, cuando estudiamos la forma de actuar políticamente de los grupos sociales que constituyen la clase dominante y sus clientelas, nos percatamos de la emergencia de una derecha con nuevos rasgos en la región, que pudiéramos designar como ‘nueva derecha’, pese a sus analogías con las derechas que las antecedieron” (López, 2016, p. 75).

De este modo, el autor identifica tres tipos de derechas en la región: “En América Latina y el Caribe han existido tres tipos de derecha entre 1964 y 2016. De 1964 a 1985 predominó la ‘derecha dictatorial’; de 1985 al 2000 la ‘derecha neoliberal’; y desde el año 2000 ha emergido una ‘nueva derecha’” (López, 2016, p. 76). Esta nueva derecha, como se puede ver, no se corresponde con el concepto de ND, y su raciocinio ideológico obedece a características diversas, tan diferentes también como a otras del mismo continente.

El aporte –y por eso la inclusión de este autor en este apartado- tiene que ver con la excelente caracterización de las nuevas derechas, y que es casi un resumen

preciso para poder hacer un listado de rasgos, tal como él lo hace en su texto. La lista incluye un total de 21 enunciados (López, 2016, pp. 78-81), entre los que se destacan en esta sección los que se aproximan más a la definición que se ha venido ventilando sobre ND y que, a su vez, sirve de contraste con el caso chileno que se analizará en los capítulos siguientes. En materia económica, señala que estas nuevas derechas no presentan una agenda privatizadora a diferencia de lo que ocurrió durante la década de los ochenta, pero en este punto la explicación la sitúa en el hecho de que la mayoría de las privatizaciones ya fueron realizadas y no quedaría mucho por *desestatalizar*. Lo que sí está presente, según López, es una política redistributiva que iría en detrimento de los sectores populares y con una mirada benevolente con el capital, lo que se conjuga con una debilidad por la inclusión social. En paralelo, para López, hay en estos sectores una profunda idea de integración de la gestión privada a los bienes y servicios públicos, que se justifica con la máxima de la búsqueda de una mayor eficiencia.

El mismo autor agrega que en materia de práctica política, estas nuevas derechas tienen como principal elemento unificador la lucha contra la izquierda, casi como un discurso retórico que pretende identificar con claridad a un enemigo y una manera de aglutinar seguidores es adoptar una posición firme en torno a temas como la seguridad pública, la corrupción, el narcotráfico, además, de los impuestos, por lo que en este punto coincidiría con rasgos de prácticas populistas, desde el punto de vista de la dirección de la crítica hacia la ineficacia del Estado y temas que son altamente valorados por la población, principalmente clases medias, pero también sectores populares (López, *Ibid.*).

Un punto importante es que para el autor en cuestión, dentro de la práctica política opositora, estas nuevas derechas hacen una promesa desde su posición opositor que va orientada hacia el diálogo y la participación democrática, aunque el autor desliza la idea de que podría ser tan sólo una herramienta, pues en el fondo las credenciales democráticas de este sector no están absolutamente aseguradas. En efecto, López señala una estrategia de “judicialización de la política para poder llevar

a cabo golpes de estado”¹⁰ y una defensa de “la estabilidad de la democracia y sus instituciones en su retórica, pero están dispuestos a llevar a cabo golpes de estado”, (López, *Ibíd.*) lo que en síntesis lleva a López a reafirmar lo que se señaló anteriormente, es decir, que no son verdaderamente demócratas, menos aún por una real convicción, sino que con una mirada oportunista. El autor en este punto mezcla o justifica esta afirmación con el rechazo de este sector por las políticas de redistribución de la riqueza y el ascenso social de las clases populares, que podría sonar un tanto ajeno al punto, pero que en el caso de América Latina tiene una justificación en la posición oligarca y de privilegio que ha caracterizado a los sectores tradicionales de las derechas. (López, *Ibíd.*)

Lo expuesto por López resume de buena manera la posición, casi general, que ha adoptado la derecha en el subcontinente americano, y reafirma el tópico –si es que es posible usar el término– de que los sectores de derechas latinoamericanos son abiertamente antidemocráticos. En efecto, la afirmación sobre su clara tendencia “golpista” es interesante pues da cuenta de un menosprecio generalizado y aceptado por ciertos sectores políticos del continente, lo que también da a conocer un aspecto inquietante en la política de América Latina y la posible relación que hay entre el desarrollo social y económico, por una parte, y la calidad de la democracia, por otro. Es un asunto digno de investigar, pero que desvía el foco de atención de este análisis.

Tomando entonces la consideración de incluir ahora una perspectiva desde el punto de vista económico, al incluir la idea de *posneoliberalismo*, se hace preciso ahondar un poco en éste. La importancia está dada por lo que significan los procesos económicos para la región, donde la mayoría de los países han vivido largos periodos con inflación de más de un dígito, además de que los niveles de pobreza alcanzan cifras que podríamos denominar vergonzosas. Para finales de la década de los 2000 “(...) con los gobiernos progresistas enfrentando más dificultades para tener el poder y en el que se destaca la emergencia de una nueva derecha, que es democrática, posneoliberal e incluso está dispuesta a exhibir una novedosa cara social (casi diríamos

¹⁰ La definición planteada por este autor, señala en este punto y el siguiente que estas nuevas derechas latinoamericanas están dispuestas a perpetrar golpes de Estado. En ese sentido, no deja de llamar la atención que esta acepción pueda ser entendida de forma generalizada para el continente, pero más adelante –en el cuerpo de esta investigación– se podrá contrastar con el concepto de nueva derecha en Chile que, justamente, se yergue como estrictamente democrática, eliminando incluso de las declaraciones de principios de los partidos políticos del sector cualquier defensa al gobierno militar de Augusto Pinochet. Es decir, este punto sirve para argumentar esta diferencia entre la política chilena y sus vecinos de América Latina, enlazando la tradición republicana de este país con antiguas raíces liberales del siglo XIX e influencias marcadamente europeas.

populista, si no estuviéramos tan cansados de la palabra, tanto en su aceptación despectiva como en su –en otro momento valiosa, a esta altura un poco hartante-elevación epistemológica)” (Natanson, 2014).

Es interesante la caracterización de esta nueva derecha hecha por José Natanson -publicada en *Le Monde Diplomatique*-, de la que puede decirse sin dudas que es democrática. Para algunos países de América Latina, esto podría significar una novedad, pues se acepta la democracia como el “único sistema posible” (Natanson 2014) para alcanzar el poder político.

Desde el punto de vista económico, un aporte que realiza Natanson (2014) en su editorial para el periódico francés en su edición en español, es caracterizar a la nueva derecha como pos-neoliberal, pues señala que “aunque sus programas económicos incluyen las conocidas prescripciones pro-mercado, son escasas las menciones explícitas a las políticas de desregulación, privatización y apertura comercial que constituían el núcleo básico del Consenso de Washington”. La razón que el autor da a este fenómeno tiene que ver con el hecho de que la mayor parte de las reformas económicas neoliberales ya se realizaron en el pasado, que muchas se encuentran vigentes (Natanson, 2014), por lo que podríamos concluir en ese sentido que la nueva derecha sienta sus bases en que las propuestas económicas no carcomen las bases de la política económica y en propuestas e ideas en que la lógica es aumentar la mirada social de ella.

Pero surge otro problema en las diferentes aproximaciones que se han analizado; y tiene que ver con una definición un poco más amplia de lo que es la derecha en América Latina, pues sin tener –aunque sea- una pequeña base sobre la cual cimentarse, no es posible continuar con el desarrollo de los capítulos posteriores para el caso específico chileno. Para eso, es posible visitar a uno de los clásicos en cuanto a historia política en Latinoamérica: el argentino José Luis Romero.

Romero trata de definir a la derecha latinoamericana y acierta en el punto de que es un término que no es unívoco y que incluso posee características que hacen necesario que permanentemente deban mirarse los matices y peculiaridades que van surgiendo.

De esta manera, hay un punto en que es importante que no puedo dejar pasar es a una idea que esboza en su texto “El pensamiento político de la derecha latinoamericana” de 1970, en que podríamos concluir que asocia el pensamiento de derecha con cierta tendencia al autoritarismo, así como la identificación que hace el

autor de la adhesión de grupos populares a la derecha -a los que él asigna una mentalidad paternalista- originada en redes clientelares o de la satisfacción sin dilación de algunas necesidades, pero pensando en que el costo de eso es el apoyo político y para “justificar en sus líderes un cierto tipo de representatividad ajena a los métodos de la democracia liberal” (Romero, 1978, p. 30). No es posible, siguiendo lo planteado por este autor, conceder que las tendencias populistas o autoritarias correspondan en exclusiva a la derecha, lo que sólo nos permite confirmar la dificultad para una definición única, unívoca y precisa, no sólo de lo que es la derecha, sino que también de otros fenómenos asociados a la práctica política en América Latina y el mundo.

Finalmente, Romero sí aporta un punto importante a la discusión sobre lo que es la derecha en América Latina, al señalar que aquélla es “multiforme y contradictoria; con cierta vocación de cambio lo suficientemente acentuada como para que los sectores populares –que parecían puntal seguro y necesario de la izquierda marxista- la consideren como una opción válida” (Romero, 1970, p. 34), reafirmando así que no es posible definir con precisión lo que es la derecha o las derechas, por lo que las aproximaciones, tanto desde el punto de vista político o socioeconómico, son eso: aproximaciones.

Si bien es cierto, hay una raíz del pensamiento conservador en América Latina en la estructura socioeconómica colonial, a diferencia de lo que plantea Romero (1970, p. 31), en el caso chileno esta raigambre –en la actualidad- es solamente una parte de las diversas identidades que pueden identificarse con la derecha, pues en el caso de Chile las relaciones de dependencia del régimen de tierras, así como las relaciones sociales rurales y mineras, son sólo una fracción, pues el desarrollo económico ha desplazado este tradicional componente en contraposición a las élites financieras surgidas principalmente a partir del último cuarto del siglo XX.

En este punto nos encontramos otra vez con la odiosa comparación sobre el uso del concepto de nueva derecha, pues Romero también lo utiliza, y es quizás el que más se acerca a la definición esbozada en el inicio de este capítulo con respecto a la ND europea. Romero señala que “la novedad consistió en la aparición de una nueva derecha influida por el fascismo, el falangismo y el nazismo, constituida generalmente por miembros de la derecha tradicional –a veces de las generaciones más jóvenes- que la enfrentaron y denunciaron por su entrega a las oligarquías liberal burguesas y por su abandono de sus principios señoriales. Y si esto constituyó una novedad, explicable

como un fenómeno de mimetismo, más lo fue la conversión que empezó a operar luego esa nueva derecha en busca de apoyo popular o en busca de soluciones nacionales que suponían la aceptación de los problemas de las clases populares” (Romero, 1970, pp. 144-145). El autor antes citado, identifica a esta nueva derecha con sectores populistas, orientados a una tendencia a distanciarse de ese orden liberal de la burguesía, que busca conectarse con las masas. Así, lo que Romero precisa (y que me parece muy acertado) es que “si nos atenemos a un criterio socioeconómico, no podría decirse que el populismo sea un movimiento de derecha sino una derecha paradójicamente volcada hacia la izquierda (Romero, 1970, p. 146).”

Así, se va configurando el panorama latinoamericano de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y se confirma que para ese entonces la derecha tiene dos vertientes, uno apegado a una tradición liberal burguesa y, otro que no le tiene miedo al cambio, que es mucho más consciente de los tiempos que se corren y que se permite proponer reformas (Romero, 1970, p. 147), tal como ocurrió con la Democracia Cristiana de Eduardo Frei y la “revolución en libertad”, que defendía la posibilidad de hacer cambios desde dentro del sistema, en oposición directa a las fuerzas de izquierda imbuidas en ese momento en el fragor de la lucha revolucionaria y de la llegada al poder por la vía armada, algo que en Chile tampoco ocurrió, demostrando Salvador Allende que el socialismo sí podía hacerlo por las urnas, aunque un análisis más sincero –y que no viene al caso hacer ahora- podría llevarnos a afirmar que esa nueva derecha, descolgada de la liberal burguesa y de la terrateniente señorial, justamente permitió el acceso de Allende al poder.

CAPÍTULO II

LOS ORÍGENES DE LA DERECHA CHILENA POST DICTADURA

2.1. Antecedentes históricos de la derecha chilena

Hacer un análisis sobre lo que es la derecha en Chile no tiene mucho sentido para el objetivo de este trabajo. Hay suficiente bibliografía que ha analizado el tema, lo que nos permite pincelar de forma sucinta lo que es, o ha sido, la derecha en ese país durante el siglo XX. Tal como se veía con lo señalado por Romero, en el Capítulo I, durante el siglo XX se consolida un sector político, cercano a grupos oligarcas que se entronca con la tradición señorial del siglo XIX.

De este modo, si pudiéramos resumir en parte esta evolución, podemos advertir que a partir de 1833, cuando se consolida el Estado autoritario que dio forma a la República, los sectores conservadores se mantuvieron en el poder hasta la irrupción de los liberales en 1861. A partir de este momento, los conservadores mantuvieron sus influencias a través del Congreso Nacional, hasta que la crisis explota en 1891 y, sin cambiar la Constitución, Chile se convierte -en la práctica- en una república parlamentaria. La estabilidad y prosperidad económica producto de las altas rentas que percibía el país por causa de la explotación del salitre, permitieron que esta nueva normalidad se mantuviera hasta los años de la década de 1920, periodo en que las consecuencias de la Primera Guerra Mundial azotaron con fuerza, al cerrarse los mercados europeos, todo agravado con los sucesos posteriores al crack de 1929. La crisis social no se dejó esperar y deviene en convulsión política, culminando con la promulgación de una nueva Constitución en 1925, que regiría, en estricto rigor, hasta el 11 de septiembre de 1973.

Durante el periodo que se ha reseñado, el concepto de derechas e izquierdas aún no era del todo utilizado para referirse a los partidos políticos chilenos. La escena era dominada por los conservadores y liberales, que finalmente tenían orígenes comunes, y que se diferenciaban básicamente en el apego a la Iglesia Católica. Ese origen común estaba marcado por la pertenencia y una matriz social común, que tomó en sus manos y asumió, como un rol providencial, la misión de fundar la República. Recién a fines del XIX y principios del XX, con la aparición de los problemas sociales, del desarrollo de una clase obrera producto del desarrollo industrial, nacen movimientos inspirados en los cambios a nivel mundial y que se configuran en contra

de los intereses señoriales, industriales y terratenientes. De este modo, es esa clase superior decimonónica que prácticamente es empujada por todo lo que comenzó a ocurrir y que para 1925-1935 se convierte “en derecha, ya que por primera vez tiene que competir en la arena política con fuerzas sociales antagónicas, convertidas en izquierda, las que desde esta posición desafían su control, hasta entonces indisputado, de la riqueza [y] del poder”. (Correa, 2004, p. 9)

La historiadora Sofía Correa Sutil ha estudiado en profundidad el fenómeno de la derecha en Chile. Su texto “*Con las riendas del poder*” es uno de los fundamentales a la hora de mirar con perspectiva su génesis. La tesis, entonces, del texto de Correa (2004) es que en Chile la elite deviene en derecha con los albores del siglo XX, al tener que hacer frente a las fuerzas antagónicas que surgieron en contra de esos grupos terratenientes y oligarcas, lo que provocó que los partidos históricos del siglo XIX se volvieran una especie de crisol de clases sociales y que aspiraban a representar y defender su visión y postura, mirada –por cierto- que coincidía con la propia. (Cfr. Correa, 2004, pp. 26 y ss).

Para la primera mitad del siglo XX, la derecha en Chile estaba, tal como se ha afirmado previamente, principalmente representada en los partidos conservador y liberal. Ambos partidos tenían una profunda raigambre decimonónica y, a su vez, dan cuenta del carácter oligárquico de su origen. Algo de eso se ha señalado en la brevísima explicación anterior sobre el carácter de las élites chilenas del periodo post emancipación. En ese sentido, Sofía Correa señala que no hay una gran diferencia en sus orígenes (de las derechas) y en sus vínculos familiares, y que el diferenciador “radica fundamentalmente en diferencias de orden doctrinario: se es conservador o liberal dependiendo del grado de adhesión que se tenga a la Iglesia Católica.” (Correa, 2004, p. 42). Este punto es clave para poder comprender el desarrollo político posterior de las derechas en Chile, pues la postura que se adopta con respecto a la relación con la Iglesia será clave para comprender el desarrollo político partidista del siglo XX chileno.

De esta manera, es posible ir configurando una caracterización de la derecha chilena del siglo XX, entendiéndola como de origen terrateniente, señorial, industrial y que conformó una elite oligarca, que matizaba sus diferencias en el apego a la Iglesia Católica, y que a la vez respetaba la democracia como un valor propio de la República que se había construido durante el siglo XIX. El carácter elitista queda de manifiesto –en origen- aunque lentamente comience a cambiar con el desarrollo

industrial del país, el fortalecimiento del Estado como eje de creación de valor público (el rol del Estado es un elemento esencial para este sector), expresado por ejemplo en la libertad de enseñanza y en la educación pública.

Surge aquí la pregunta sobre si esta derecha que nace en el siglo XIX era autoritaria o militarista, cuestión válida dadas las circunstancias del último tercio del XX. Con respecto a este punto, el carácter autoritario de la derecha chilena se analiza desde su apego o apoyo a dictaduras o toma del poder de forma violenta. Esta idea, como ya se ha dicho, puede provenir de los sucesos posteriores a 1970 y que han implicado una mancha que a la actual derecha le ha costado borrar, y que le seguirá pesando por más que demuestre sus credenciales democráticas. Si bien es cierto la tradición proveniente del siglo XIX consagra una idea del orden y de una concentración del poder en el Estado, debe tenerse presente que los partidos de derecha (liberal y conservador) se identifican con una herencia y tradición de apego a la ley, a la cultura cívica y –por supuesto- al progreso, su vástago máspreciado. Esta derecha es la que se siente heredera de los constructores de la República, y en ese sentido, asumían que en momentos fue necesaria una mano firme en el timón, pero que ese autoritarismo, estrictamente apegado al orden constitucional, es el que había permitido el desarrollo y salto cuantitativo de Chile durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Lo que ocurre, entonces, es que en el siguiente siglo la “derecha desechó la solución dictatorial cuando en los años 20 las masas populares se hicieron presentes en la política chilena” (Correa, 2004, p. 48) ante lo que propusieron cambios dentro del ordenamiento jurídico que aumentarían las barreras de participación de los sectores populares, pero en ningún caso soluciones de corte dictatorial, es decir, hay un carácter más elitista que autoritario.

Un claro ejemplo de esto es la separación definitiva de la Iglesia con el Estado, que se consagra en la Constitución de 1925 y las importantes leyes sociales que surgen en dicho periodo. Esto va de la mano, también, con la consolidación no sólo de sectores proletarios, sino que del crecimiento importante de las clases medias, fruto de la educación pública y del empuje del Estado, lo que hizo que la configuración política de Chile se mantuviera dentro de una cierta estabilidad si se compara con el resto de los vecinos de la región. Esto no implica que no hayan surgido crisis o momentos populistas, pero el orden institucional imperó.

A modo de síntesis, la contribución que hace Correa a la discusión sobre la derecha en Chile es que logra concentrar los puntos que permiten definirla. Así, más

allá de la división entre liberales y conservadores se refiere a que “eran más importantes los elementos que los unían que los que los separaba, pues tanto liberales y conservadores representaban a la elite decimonónica y, en general, a los sectores propietarios. [Había] un acuerdo en cuestiones básicas, como la defensa de la propiedad privada, la limitación de las atribuciones estatales, la necesidad de controlar al movimiento sindical y un fuerte anticomunismo. Ambos partidos de la derecha se desempeñaron con eficacia en el régimen democrático liberal, del cual fueron ardientes defensores (...).” (Correa, 2004, p. 55). Este punto sobre la limitación de las atribuciones del Estado, será la clave de la discusión al interior de las derechas en Chile durante todo el siglo XX y se proyecta hasta la actualidad. También es importante mencionar que el análisis sobre el autoritarismo en estas derechas no estaría completo sin, al menos, una mención sobre la penetración que el fascismo pudo haber tenido en ellas. Así, los movimientos de corte fascista no formaron parte de la derecha en Chile, por lo menos en el periodo de su auge en Europa (de 1930 a 1940), y se mantuvieron como un elemento marginal de la política local si se mira en comparación con el resto del abanico político del periodo (Ver Correa, 2004, p. 52).

Avanzando así en el tiempo, teniendo como objetivo en esta sección presentar al lector un breve resumen de lo que fue la derecha chilena en el siglo XX, podemos considerar que la escena en cuanto a partidos políticos estaba dominada por el Partido Conservador y que para fines de los años cuarenta, el asunto de cómo comprender la relación con la población y el discurso de los dos sectores que conformaban dicho partido, llevaron a un quiebre en el sector. Por su lado, el Partido Liberal confirmaba su opción por el capitalismo liberal. Al interior del Partido Conservador, dos vertientes se mostraban los dientes. Por un lado los tradicionalistas, que no estaban de acuerdo con pactar con sectores como la Falange Nacional¹¹; por otro, la facción socialcristiana, que consideraba que la actividad política debía hacerse de manera directa y con soluciones sin intermediarios, es decir, con un marcado acento populista. Esta idea la sintetiza de manera precisa la historiadora Sofía Correa al señalar que “los socialcristianos se proponían terminar con la política de alianzas partidistas para buscar una relación directa con el pueblo” (Correa, 2004, p. 131). La lucha que se planteó al interior de las derechas chilenas se resume, pues, en el hecho de que se

¹¹ La Falange Nacional es el origen en Chile de la Democracia Cristiana. De hecho fue una escisión del partido Conservador, principalmente de jóvenes católicos, que asumieron como propias las ideas de la doctrina social de la Iglesia.

enfrentaron (1) una visión tradicionalista que se vincula y se acerca más al Partido Liberal y, (2) un populismo que venía del sector socialcristiano que, a la larga, fue quedando marginado del ámbito de la derecha (Cfr. Correa, *Ibid.*). Desde ese momento en adelante, se consolida la idea de los denominados “tres tercios de la política chilena”, con una derecha tal como se ha definido aquí, una izquierda que consagra al partido Socialista como su fuerza mayoritaria, y un centro dominado por el surgimiento de la Democracia Cristiana.

Estos tres tercios serán protagonistas de la crisis de 1970-1973 y se sucederán en el poder en los periodos 1958-1964, 1964-1970 y 1970-1973. El gobierno será ocupado por cada uno de estos tercios, primero la derecha con Jorge Alessandri Rodríguez, luego la Democracia Cristiana con Eduardo Frei Montalva y, finalmente, la izquierda con Salvador Allende.

2.2. ¿Qué ocurrió con la derecha en dictadura?

Esta reseña no puede obviar lo que ocurrió en Chile a partir de 1970. No es asunto de esta investigación inmiscuirse en las causas y en lo ocurrido durante el gobierno de Allende ni el golpe de Estado de 1973, pero sí es importante afirmar que la crisis generalizada (política, económica, social) devino en una movilización nacional que rompió la tradición democrática que ya hemos señalado y hace implosión con el bombardeo al palacio de La Moneda, el suicidio del Presidente Allende y la instalación de la Junta Militar encabezada por Augusto Pinochet¹².

Los partidos de derecha luego del 11 de septiembre se auto declararon -inmediatamente- en receso, independiente de que más tarde sería decretado lo mismo para todas las coaliciones. La Democracia Cristiana actuó de igual forma y desde su rol en el Congreso había sido de los más fieros opositores al gobierno socialista, apoyando la declaración de la Cámara de Diputados que declaraba inconstitucional al gobierno de Allende.

¹² “(...) la intervención militar tiene causas políticas, es decir, los motivos se buscan en la situación del sistema político y no en las estructuras militares. (...) en situaciones de crisis democráticas y de polarización y radicalización de las fuerzas políticas, son los civiles los que a menudo inducen a las Fuerzas Armadas a la politización. El golpe militar de Chile (11 de septiembre de 1973) es un ejemplo de esta afirmación”. (Morlino, 1980, p. 97)

Más allá de todo esto, en el periodo 1973-1990 pueden distinguirse algunas etapas e hitos que son necesario mencionar para comprender los orígenes de la derecha post dictadura.

El primero de ellos es la llegada a cargos de gobierno de personas que no necesariamente fueron militantes de partidos de derechas, sino que provinieron del ámbito académico, sector dominado por los seguidores de Jaime Guzmán, ideólogo del régimen militar, y que a través del Movimiento Gremial, fundado en la Pontificia Universidad Católica, sirvió de semillero para los nuevos cuadros civiles del régimen.

El segundo tiene que ver con el modelo económico que tomaría el país, que se debió a la influencia de los llamados “*Chicago Boys*” que llevaron a Santiago las políticas neoliberales.

El tercero, y ya adentrándose en la década de los ochenta, es la presencia importante de políticos de antiguo fuste, como Sergio Onofre Jarpa, del extinto partido Conservador y Partido Nacional¹³, que en 1983 propició el llamado Acuerdo Nacional, que consolidó el camino hacia la transición a la democracia, que ya venía fijado por la nueva Constitución de 1980 y estableció el mecanismo para la salida de Pinochet del poder.

Así, dos sectores se afianzan dentro de la derecha chilena de la dictadura. Ambos ocupando diversos cargos al interior del gobierno, pero sin una ley de partidos políticos que nos permita afirmar que eran tales. Por una parte el Movimiento Gremial de Guzmán derivó en la Unión Demócrata Independiente (UDI), y los antiguos conservadores y liberales se agruparon en torno a Renovación Nacional (RN). Ambos partidos se legalizan en 1987 con la entrada en vigor de la Ley de Partidos Políticos y serán hasta hoy los partidos tradicionales de la derecha chilena de fines del siglo XX y principios del XXI.

¹³ El Partido Conservador y sectores liberales se habían fusionado formando un gran partido de derechas, el Partido Nacional, que fue quien lideró la oposición a Allende

2.3. El retorno a la democracia: UDI y RN en un escenario político renovado

Entre el plebiscito de 1988¹⁴ y la entrega del mando por parte de Pinochet al democristiano Patricio Aylwin Azócar en 1990, ocurrieron varias cosas. En primer lugar, todos los sectores políticos, a excepción del Partido Comunista, concurrieron en un gran acuerdo que asintió plebiscitar en julio de 1989 un importante paquete de reformas constitucionales que permitieron hacer el proceso de transición mucho más tranquilo. En diciembre de 1989 se desarrollaron elecciones presidenciales y parlamentarias, en las que resultó ganadora la coalición Concertación de Partidos por la Democracia, encabezada por Aylwin, tal como se señaló.

En cuanto a los partidos de derechas, no lograron obtener mayoría en la Cámara de Diputados, pero sí una mayoría artificial en el Senado, debido a que la Constitución de 1980 disponía que ciertos escaños eran designados, entre los que se contaba un sitio asegurado a los excomandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, que en la práctica votaban con la derecha. Jaime Guzmán fue electo senador y asesinado en abril de 1991, es decir, a poco más de un año de haber jurado el cargo. Tanto Renovación Nacional como la Unión Demócrata Independiente debieron acostumbrarse a ser oposición durante los gobiernos socialcristianos de Aylwin (1990-1994), Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), ambos de la Democracia Cristiana, y de los socialistas Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2010).

En todo este tiempo la derecha chilena siendo oposición comenzó a crecer. Ocupó las principales alcaldías del país y logró mayorías parlamentarias que la posicionaron como una opción válida de gobierno. Tanto Aylwin como Frei ganaron la elección presidencial en primera vuelta, pero desde la elección de Lagos, nunca más un presidente chileno ha sido electo sin una segunda vuelta, es decir, las fuerzas políticas han estado prácticamente equiparadas.

¹⁴ El plebiscito del 5 de octubre de 1988 fue quizás uno de los hitos más importantes del periodo de transición a la democracia. En la Carta Fundamental de 1980, dentro de las disposiciones transitorias, se estableció este mecanismo, en el que la Junta de Gobierno debía proponer al país a un candidato para gobernar en el periodo siguiente. Este plazo se cumplía en 1988, por lo que la Junta designa a Pinochet como propuesta, y esta la que se somete a votación popular. Los chilenos debían decidir Sí o No a la continuidad del régimen. El triunfo del No desencadena la segunda parte de la transición. La campaña publicitaria fue clave en la derrota del Sí. El cine y la televisión han recogido este evento, destacándose la película “No”, del director Pablo Larraín y nominada al Óscar como mejor película de habla no inglesa. También la serie de televisión “Los Ochenta” dedica episodios de una de sus temporadas a este suceso.

La derecha llegaría al poder justo en 2010, el año del Bicentenario de la República. Los factores para ese triunfo fueron diversos y uno de los más importantes fue el del uso del “cambio” como eslogan.

Si lo observamos desde la perspectiva de este trabajo, ese cambio tiene justamente que ver con la visión de una derecha renovada, que mira al pasado de forma diferente y que pretende en el discurso dar cuenta de un desarrollo político del sector. Aparece, pues, la pregunta sobre el uso retórico del concepto de nueva derecha, el que será en parte uno de los hilos conductores de secciones siguientes.

CAPÍTULO III

EL CHILE DEL BICENTENARIO: LA NUEVA DERECHA

3.1. La nueva derecha chilena: a la sombra de Pinochet

Tal como se ha expuesto previamente, es imposible poder comprender el concepto de Nueva Derecha Chilena si no se tiene en mente el proceso histórico de transición a la democracia. En esta lógica, para facilitar la comprensión del lector no familiarizado con la política chilena, es importante una breve mirada a lo que ocurrió -electoral y políticamente hablando- desde 1990 en adelante.

Al dejar la Presidencia de la República, Pinochet mantuvo su condición de comandante en jefe del Ejército, el sistema para elegir los miembros del Congreso Nacional era el binominal¹⁵, y los partidos de derecha vivieron un proceso de adaptación en que por bastante tiempo fueron minoría en la Cámara de Diputados.

Los partidos de derechas: Renovación Nacional (RN) y la Unión Demócrata Independiente (UDI), concentraron la mayoría de los votos, y poco a poco fue desapareciendo la Unión de Centro Centro Progresista (UCCP), que fue el partido que apoyó al candidato conservador Francisco Javier Errázuriz¹⁶, aunque su discurso podría ser catalogado hoy como populista de derecha.

Durante este periodo, tanto RN como la UDI vivieron bajo el peso de la figura, aún omnipresente, de Augusto Pinochet Ugarte. Si bien es cierto, sectores de RN comenzaron a reafirmar un compromiso democrático y con proyección a una consolidación institucional plena, en la UDI se concentró la defensa acérrima del “legado” del dictador.

¹⁵ El sistema electoral binominal consiste en que las coaliciones y partidos se presentan en listas cerradas y que en cada una de las circunscripciones electorales se eligen dos cargos. Los ganadores son las primeras mayorías de las dos listas más votadas. Sólo en el caso que una lista supere por el doble de los votos a otra, elige los dos cargos.

¹⁶ Errázuriz, apodado *Fra-Fra*, por la tartamudez que sufrió de niño, pertenece a una tradición de antiguas familias terratenientes de la zona central del país. En su discurso señalaba que su fortuna la había conseguido a partir de “5 pollitos” y que con eso logró construir un imperio que iba desde la producción agroindustrial, banca, supermercados y otras empresas tan diversas como la energía, madera y minería. Prometía que terminaría con los abusos económicos y que acabaría con la UF (patrón de convertibilidad usado en el mercado financiero sobre todo para créditos hipotecarios) en 5 minutos. Luego de perder la elección presidencial fue senador y su esposa, Victoria Ovalle, diputada.

Esta situación se mantuvo casi inalterable hasta 1998, año crucial en la historia política chilena. Ese año, Pinochet deja su cargo como jefe supremo del Ejército y, de acuerdo a lo dispuesto por la Constitución, el mismo día asume como senador vitalicio. Este hecho es importante de consignar, pues técnicamente en ningún momento dejó de estar protegido por el fuero judicial, primero como comandante en jefe del Ejército y luego como parlamentario. Esto le permitía mantener la inmunidad ante la justicia, por lo que cualquier acción judicial debía primero pasar por un proceso de desafuero, es decir, una apreciación previa por parte de los tribunales de justicia en que se pronunciaron sobre si procedía o no la acción. Esta protección es clave para comprender el actuar del excomandante y también de sucesos posteriores. Sin embargo, es a partir de ese momento, es que comienzan también a sucederse cada vez con más frecuencia los recursos judiciales y querellas en su contra, principalmente por delitos relacionados con violaciones a los derechos humanos cometidos durante su gobierno. Ninguno de ellos prosperaría en Chile y la mayoría de las causas quedaron archivadas luego de su muerte.

Pero 1998 no se quedaría ahí. En septiembre de ese año Pinochet emprende un viaje a Europa y en Londres se somete a una intervención quirúrgica para paliar afecciones en su columna. Es en ese momento en que el juez de la Audiencia Nacional de España, Baltazar Garzón, dictó una orden de detención en su contra, acusándolo de delitos de lesa humanidad¹⁷. Desde ese instante se sucedieron una serie de avatares judiciales y diplomáticos, que tuvieron como epicentro a la capital británica. No tiene sentido hacer un resumen de todo lo ocurrido, pues hay diversa literatura al respecto, pero lo importante es comentar sobre qué pasó con los partidos de derechas en este Chile con Pinochet detenido en Londres.

En primer lugar se produjeron manifestaciones de rechazo, concentrándose en las comunas donde se encontraban las representaciones diplomáticas españolas y británicas. El alcalde de Providencia (UDI), por ejemplo, ordenó que no se retirara la basura desde las residencias de los diplomáticos de ambos países, y lo mismo ocurrió en la comuna de Las Condes. Se produjeron manifestaciones masivas de rechazo en las que participaron como oradores los principales líderes de la derecha chilena.

¹⁷ El recurso judicial español fue interpuesto por el abogado Joan Garcés, por el caso del sacerdote español Antoni Llidó, en Valencia. De acuerdo al libelo, Llidó había sido sometido a torturas por el régimen de Pinochet. Garcés estuvo al interior del Palacio de La Moneda en los momentos previos al bombardeo, como colaborador de Salvador Allende.

Durante los meses que se prolongó la detención de Pinochet en Londres, la mayoría de los líderes de RN y la UDI viajaron hasta el Reino Unido para visitarlo, mientras el gobierno del democristiano Eduardo Frei Ruiz-Tagle se apegaba al principio de extraterritorialidad de la ley y abogaba por una solución diplomática al *impasse*.

En resumen, luego de una polémica decisión de las autoridades inglesas, Pinochet regresó a Chile, y se retiró de la vida pública, hasta su muerte en 2006. Mientras estuvo vivo, los partidos de derecha no pudieron alejarse de su sombra, ya sea por propia voluntad, por conveniencia o por herencia no deseada. Para esa fecha, la explicación más lógica de ese apego es que Pinochet continuaba siendo una figura central y de peso en la política chilena. Los hechos de septiembre de 1973 seguían aún recientes y una parte importante de la base electoral de la derecha era, aún, en cierto modo pinochetista. El paso del tiempo permitiría que estas trazas de autoritarismo se fueran diluyendo, tal como se analizará en secciones posteriores.

El 10 de diciembre de 2006, día internacional de los derechos humanos y cumpleaños de su esposa, Augusto Pinochet muere. La derecha chilena tenía por fin la oportunidad de quitarse de encima la carga de haberlo apoyado y tomar la decisión de enfrentar el futuro con una mirada diferente, democrática, institucional, republicana.

3.2. Los partidos políticos de la nueva derecha: adiós a Pinochet

Con la muerte de Pinochet la derecha chilena se enfrentó a un nuevo desafío: el poder navegar por cuenta propia sin las ataduras del pasado y, de una vez por todas, reivindicando su tradición histórica democrática.

En este proceso los dos partidos comenzaron a reivindicar procesos democráticos internos. En ese sentido, RN se caracterizó por consolidar el sistema de elección de sus directivas internas a través de voto universal de cada uno de sus militantes, mientras la UDI permaneció hasta 2012 con un sistema indirecto de elección de su directiva nacional.

Es a partir de esta década que se conforman las dos vertientes o dos partidos principales de la derecha en el Chile actual. La UDI y RN formarán una coalición estable en el tiempo, logrando aumentar su representación parlamentaria. Es importante en la lógica del objeto de estudio de este trabajo, mirar las diferencias

entre ambos partidos, que aunque pequeñas, pueden ser sustantivas a la hora de hacer un análisis desde el punto de vista de la teoría política.

Así, RN representa una visión más moderada de la derecha, lo que podría aproximarse al concepto de centroderecha, sumado a que no tuvo una participación masiva ni institucional en el gobierno militar. Este hecho le permitió, y le ha permitido, mantener una distancia e, incluso en ocasiones, una posición crítica sobre todo en materia de derechos humanos. Es importante comprender que lo que Renovación Nacional ha buscado desde sus orígenes son los votantes del centro y de los sectores más progresistas de derechas¹⁸, sumado a que desde el punto de vista de segmentos sociales, apunta no sólo a las clases superiores, sino que sobre todo a las clases medias (Cannon, 2016, p. 76).

Serán, entonces, las dos caras de una nueva derecha en el sentido del que se viene hablando en este estudio. Por tanto, como principal elemento diferenciador con las olas de crecimiento de las extremas derechas, tanto en el continente americano como en Europa, en el caso chileno existió, y aún persiste, un distanciamiento real de la figura del dictador, lo que no significa que dentro de cada uno de estos dos partidos existan antiguos colaboradores del régimen militar o incluso adherentes a Pinochet¹⁹. Este hecho ha permitido sostener que en el periodo inmediatamente posterior a la transición a la democracia²⁰, las credenciales democráticas del sector eran aún borrosas, pero que la situación cambia, sobre todo con el hito de la llegada al poder de Sebastián Piñera y el rol que cumplió RN como partido que asienta sus bases hacia el centro liberal. Peter Siavelis es preciso al señalar que durante la dictadura, los partidos de derecha no sólo se disolvieron, sino que apoyaron “descaradamente” a Pinochet. El autor agrega que en un primer momento de la transición, el compromiso democrático de estos partidos podría considerarse como cuestionable, situación que cambia en 2010 con la victoria de Sebastián Piñera (RN). De este modo, la derecha llegaba por

¹⁸ Esto incluso se ha reafirmado con el discurso de sus últimos dirigentes como Cristián Monckeberg. El caso de Desbordes se analizará mejor en el capítulo siguiente.

¹⁹ Es interesante observar que a partir del retorno a la democracia se consolidan en Chile dos derechas. Este fenómeno lo analiza de manera precisa y breve Peter Siavelis, en que caracteriza a la UDI como un partido de derecha apegado a la herencia del régimen de Pinochet, con una fuerte presencia en sectores populares debido al rol que cumplió a nivel de gobiernos locales durante los últimos años de la dictadura, pero también en comparación con RN, en el sentido de su apego a valores tradicionales conservadores. (Ver Siavelis en Luna & Rovira, 2014, pp. 242-293)

²⁰ Para comprender de una manera teórica los procesos de transiciones o de redemocratización, y la idea de una redemocratización iniciada en el seno del régimen autoritario, ver lo planteado por Alfred Stepan en O'Donnell (et. al.), 1986. (Stepan, 1994, 117 y ss.)

primera vez al poder de forma democrática después de 52 años, arropada con el emblema de la “nueva derecha” (Siavelis en Luna & Rovira, 2014, p. 243).

Previo a la elección de Piñera en 2010 mirando los resultados políticos nacionales, las derechas chilenas comenzaron a cosechar excelente números para ser oposición. El gran hito de esta contienda fue la elección presidencial de 1999-2000, cuando el militante UDI Joaquín Lavín se enfrentó al socialista Ricardo Lagos. La primera vuelta de dicha elección tuvo como resultado un 47,95% para Lagos y un 47,51% para Lavín. La segunda vuelta acabó con una diferencia de menos de 3%, es decir, cerca de 180 mil votos²¹: fue el momento en que la derecha estuvo más cerca de regresar al poder desde 1964.

A partir de entonces estas dos almas de la derecha comprendieron que la oportunidad para gobernar estribaba en la unidad del sector, pero a pesar de tener en cuenta aquello, estos mismos espíritus se enfrentaron con una candidatura dividida en la elección de 2005, cuando para competir con la socialista Michelle Bachelet, ambos partidos (RN y UDI) llegaron con sendos candidatos: Joaquín Lavín por la UDI y Sebastián Piñera por RN. A la segunda vuelta pasó Piñera quien obtuvo un 46,5% frente al 53,5% de Bachelet²².

Gracias a las reformas constitucionales que se llevaron a cabo durante el gobierno de Lagos, el mandato presidencial se redujo a cuatro años sin reelección, por lo que la siguiente contienda presidencial, tal como hemos visto en párrafos anteriores, se produjo en 2009-2010. Esta vez Piñera fue el candidato único de la alianza derechista, consiguiendo pasar a la segunda vuelta y derrotar al expresidente demócrata Eduardo Frei Ruiz-Tagle²³. La derecha llegaba al poder de forma democrática. Se consolidaba la nueva derecha chilena.

²¹ Fuente: SERVEL. Es interesante ver que ese 3% de diferencia que alcanzó Lagos equivale casi de manera exacta con los votos que había obtenido el Partido Comunista en la primera vuelta, a pesar de no pertenecer a la coalición de gobierno.

²² Fuente: SERVEL.

²³ La derrota de Frei es quizás la primera gran derrota que sufrió la Democracia Cristiana en el contexto democrático chileno. Luego de ese estrepitoso episodio donde un expresidente es derrotado en unas elecciones, la DC ha comenzado a vivir un proceso de baja electoral. Es interesante hacer hincapié en este hecho porque al día de hoy la representación de ese partido es muy baja e incluso no ha logrado instalar una figura presidenciable sólida para la contienda de noviembre de 2021. El espacio que ha perdido la Democracia Cristiana en el centro político chileno ha comenzado a ser ocupado por sectores de derecha progresistas, consolidando aún más el concepto de centroderecha en el país.

3.3. 2010: El triunfo de la Nueva Derecha Chilena

Para poder comprender cómo se produjo el triunfo de Piñera es importante dar una mirada a dos aspectos que son fundamentales en el crecimiento y consolidación de la nueva derecha en Chile.

El primero de ellos es la consolidación del propio Piñera como referente que supera los límites del extremo representado por la UDI. El segundo es la fortalecimiento del concepto de una nueva derecha. El principal impulsor y vocero de ese término en ese momento fue el jefe de campaña de Piñera, Rodrigo Hinzpeter, quien posteriormente ocupó el cargo de Ministro del Interior. La base del argumento de Hinzpeter es que bajo las ideas y banderas de la derecha tradicional (entiéndase aquí a la de raigambre Chicago gremialista o economicista) nunca la derecha había logrado ser gobierno, pero esto sí se logró cuando en la agenda se incorporaron temas como los pueblos originarios, el medioambiente, el diálogo social o los temas de seguridad laboral y pensiones. Desde la UDI, principalmente, en ese momento no se dejaron esperar las críticas, señalándose que la nueva derecha debe ir más allá de una asimilación a la izquierda, aunque hubo coincidencias con respecto al rol del Estado como fomento del desarrollo de las personas.

En cuanto al primer punto, la biografía de Piñera permite identificar aspectos de la historia de la derecha que explican mejor su triunfo. De familia demócratacristiana, es hijo de José Piñera Carvallo, quien fue embajador del gobierno DC de Eduardo Frei Montalva en Bélgica y, posteriormente, ante Naciones Unidas. Piñera se formó como economista en la Pontificia Universidad Católica de Chile y posteriormente se doctoró en la Universidad de Harvard. Para 1980, cuando se lleva a cabo el plebiscito convocado por el régimen militar para ratificar la Constitución, Piñera asiste a las actividades del NO, y es público también su apoyo al NO de 1988. Es decir, su ADN pertenece al de la derecha tradicional chilena, incluso más cercano al centro o la Democracia Cristiana, y no a la neoliberal ni autoritaria de la que se ha comentado en el apartado anterior.

Uno de los lemas que ocupó Piñera en su campaña electoral fue el de la idea de *“la nueva forma de gobernar”*, que implicaba ese sentido de éxito empresarial que encarnaba él mismo, además del agotamiento de una coalición de centro izquierda que llevaba en el poder veinte años. La campaña de Sebastián Piñera (2009 y 2010 por la primera y segunda vuelta electoral) construyó y difundió la idea o el término de nueva

derecha, principalmente como una derecha con mayoría y vocación social. A su vez, esta manera de delinear el concepto, incluía, a veces velada otras explícitamente, una crítica hacia la derecha tradicional. El éxito estuvo en que se yergue no sólo el concepto, sino que se logra instalar la imagen de una nueva derecha que resultaba atractiva para muchos más chilenos, lo que permitió ampliar la base electoral del sector y conseguir la presidencia de la República. (Siavelis en Luna & Rovira, 2014, p. 261). Hubo, pues, con Piñera y su éxito en las elecciones, un proceso si no de corte, al menos de alejamiento importante de la herencia del régimen de Pinochet: se consolida, además, el uso de la denominación “centro-derecha” que es utilizada por todos los partidos del sector (Fernández, Rumié, 2020). El desgaste, en cierta forma lógico, de una coalición con veinte años en La Moneda y cuatro presidentes, permitió que ese discurso crítico calara en la población que se abrió a la posibilidad de una alternancia en el poder²⁴.

La nueva forma de gobernar estribaba en la profesionalización del servicio público, en el fin de los cuoteos políticos²⁵, en una política de oposición que desde el Congreso funcionó perfectamente incluso con la destitución de un miembro del gabinete de ministros. Quedaba así sobre la mesa el uso que en Chile se impone sobre el concepto de Nueva Derecha.

3.4. Análisis sobre el concepto de Nueva Derecha en Chile: la diferencia

El centro y principal objetivo de este trabajo es poder dar a conocer la diferencia que existe en Chile con respecto al uso y comprensión del concepto de Nueva Derecha. Para poder comprender de mejor manera esto, es necesario continuar con algunos aspectos previos que de forma teórica, e histórica, nos pueden ir explicando de mejor manera esta diferencia que es clave para poder comprender la política chilena de los últimos treinta años.

²⁴ Para más detalles sobre la campaña presidencial de Piñera en 2009-2010, además de las estrategias de comunicación política, prácticas y acciones que se llevaron a cabo en el periodo previo y en el periodo electoral mismo se recomienda el texto de Marcela Cubillos y Andrés Allamand “*La Estrella y el Arcoiris*” (2010).

²⁵ Durante los 20 años de gobierno de la coalición “Concertación de Partidos por la Democracia”, conocida simplemente como Concertación, uno de los principales elementos que permitió la sana convivencia de los partidos que la conformaban, fue la distribución de cargos en ministerios y otros sectores del Estado para cada uno de los partidos. Esto se conoció como “cuoteo”, de repartir cuotas de poder a todos los partidarios. Esto derivó en prácticas clientelísticas y de corrupción.

Ahora bien, de toda la discusión que se ha planteado con respecto a los antecedentes de la derecha en Chile, me parece que el resumen más acorde con el objeto de estudio de esta investigación es el que plantea Hugo Herrera (Herrera, mayo 2021). En ese sentido, identifica cuatro tradiciones en este sector político, las que se alinean en torno a dos ejes: “el primero abarca todo el espectro: desde el conservadurismo religioso y moral hasta el laicismo. El segundo eje, en cambio, va del liberalismo radical hasta una posición que es intermedia: la que, sin dejar de reconocer el papel del mercado en la vida social, entiende, además, la importancia del Estado y la cohesión en el pueblo” (Herrera, mayo 2021, p. 24). El resultado de este análisis, basado no sólo en la factualidad, sino también en la producción intelectual de las derechas chilenas, lleva a Herrera a concluir estas cuatro vertientes: “(1) una derecha cristiano-liberal, conservadora en asuntos morales, liberal en economía; (2) una derecha liberal-laica, liberal tanto en asuntos morales como económicos; (3) una derecha socialcristiana, conservadora, pero más comprometida que las anteriores en cuestiones sociales y partidaria de un papel activo del Estado en la vida nacional; (4) una derecha laica y nacional-popular, lúcida sobre el significado existencial del Estado y de su papel como conformador de un pueblo con consciencia nacional y lazos de entidad en común” (Herrera, mayo 2021, pp. 23-24).

De estas distinciones que plantea Hugo Herrera, es importante tener siempre en cuenta algunas características que son renovadas o retomadas dentro del concepto de nueva derecha. Uno de estos elementos es que en Chile siempre ha habido un sector de derechas que ha sido y es partidario de un rol activo del Estado, del que ya se ha comentado, y está presente casi desde los albores de la república. Es necesario mantener en mente esta idea, además del compromiso de esa derecha -con trazas históricas- con las cuestiones sociales, para ir componiendo de mejor manera el concepto de nueva derecha en uso en Chile. Sumado a lo anterior, la idea de una derecha popular, que no duda con respecto a un Estado regulador, va conformando de manera más precisa el término.

Si bien es cierto Herrera usa el término “una derecha nueva” para referirse a la que surge con posterioridad a 1973, pero señala que hay “otra derecha, la histórica, consciente de que comprender políticamente requiere atender al pueblo en su territorio, a su unidad y diversidad social y cultural, para brindarle, a ese pueblo, una articulación institucional pertinente; que es sobre esa base que recién resulta viable un despliegue nacional” (Herrera, a). Herrera, entonces, llama “derecha histórica” a lo

que aquí se ha planteado como Nueva Derecha Chilena. Dicho de otro modo: identifica aspectos de las derechas tradicionales de la historia de Chile en la conformación de las actuales derechas, sobre todo por la capacidad de retomar y reivindicar el discurso democrático, el apego por la institucionalidad y por la capacidad de comprensión –lo que él llama hermenéutica y de la que se hablará más adelante- de este sector para con los asuntos de índole nacional. Si bien es cierto no coincide exactamente en el uso del término nueva derecha, propiamente tal, sí corresponde a las características que se han venido analizando en este trabajo, donde el respeto a la democracia y a la institucionalidad se yerguen como uno de sus principales pilares. El componente social será el siguiente ingrediente, pero de él se tratará el siguiente capítulo.

Es interesante, entonces, cómo Herrera coge prestado de la Historia el concepto *braudeliano* de la larga duración, para explicar que la derecha chilena tiene una vertiente histórica, con una complejidad y calado teórico profundamente asentado en la tradición republicana, no sin antes mencionar que la derecha del “Chicago-Gremialismo”, es “más bien una anomalía” y que no se condice con el rol que cumplió el sector en la historia nacional (Herrera, mayo 2021, p. 17).

Señalar de este modo que es sólo una anomalía no sería del todo preciso, o al menos pueden hacerse observaciones a este asunto. El solo hecho de que la UDI, representantes del gremialismo de Chicago, haya tenido y siga teniendo una base de apoyo importante, nos permite afirmar que ha sido más que una eso. El término anomalía si se toma desde el punto de vista temporal, podría aplicarse, pero si se observa desde el punto de vista teórico político, es más bien una confirmación de que esta derecha más tradicional en lo valórico y mucho más cercana al neoliberalismo, es parte también integral de la derecha chilena. En síntesis y para cerrar este punto, la paradoja planteada por el autor tiene más que ver con que surge como reacción a un periodo histórico determinado y que no es posible entroncar a la UDI y sus orígenes con esa otra derecha histórica que reivindica Herrera.

Por otra parte, una referencia interesante al concepto de nueva derecha en Chile puede ser observado en la década de los sesenta cuando se produce la convergencia de los liberales, los nacionales y los conservadores en lo que fue el entonces nuevo Partido Nacional (década de los sesenta). Este aspecto nos permite introducir la idea de que el concepto del que se ha venido hablando en este estudio no es unívoco, es decir, es utilizado también desde el punto de vista retórico, para

confrontar lo que es diferente de lo anterior, por tanto, otro aspecto más para diferenciar el uso *chilensis* de la idea de nueva derecha. Verónica Valdivia, entonces, entronca el concepto con el surgimiento de ese Partido Nacional en la década de los años sesenta.

Este partido surge como “una alternativa a la izquierda y el centro en la década de los sesenta, [por lo que esta nueva derecha] tendría que modificar su estrategia electoral y su carácter partidario” (Valdivia, *et. al.*, 2006, p. 19). Finalmente, lo que ocurre es que en este partido se aunaron no sólo las tradicionales ideologías de la derecha señorial, sino que también la reacción a los gobiernos del centro (Frei Montalva) y luego de la Unidad Popular (Allende), pues la derecha comprendió que su manera de mantener el poder no pasaba sólo por el control del ejecutivo. Así, este crisol conjugó a la derecha económica y que ya pensaba en un plan de corte capitalista, a la derecha latifundista, y a los sectores independientes que creían y sostenían en la necesidad de un Estado eficiente, con un sistema presidencialista fuerte. Es justamente esta última facción la que se sintió cómoda con la instalación de Pinochet en el poder, pero también la facción económica, pues vio la posibilidad cierta de imponer un modelo del que los militares carecían. Si a eso se agrega la inclusión de sectores nacionalistas, es posible afirmar que la nueva derecha surgida en ese momento, nada tiene que ver con lo que se ha analizado en el Capítulo I (Marco Teórico), por tanto, ya es posible advertir la intraducibilidad del concepto para la comparación entre la Nueva Derecha europea y la chilena. Más adelante se analizará el hecho de que en el eje central de este estudio, se yerguen nuevas características para este concepto, que es retórico y a la vez ideológico, principalmente hacia componentes relativos a políticas sociales y coincidentes con el Estado de bienestar liberal europeo.

Aparece en este punto otra comparación necesaria con el resto del continente. En el Capítulo I se analizó lo planteado por Romero, en el sentido de comprender a las derechas latinoamericanas como herederas de las tradiciones señoriales coloniales. El caso chileno es similar, pero con un punto de quiebre que le da una característica propia y tiene que ver con los procesos llevados a cabo desde fines de la década de los cincuenta, todos los años sesenta y los tres años del gobierno de izquierdas de Allende

en los setenta: la reforma agraria²⁶. Para el año 1972 se puede observar en Chile que el proceso de reforma agraria llevada a cabo de forma exacerbada por Salvador Allende significó el fin de la idea del latifundio como se concebía históricamente, es decir, como un dispositivo de dominación de la oligarquía que se entronca con su origen y pasado colonial. Esto puede relacionarse, a su vez, con la “crisis de dominación celular” planteada por O’Donnell, “que hace referencia a una crisis del fundamento de las relaciones de dominación, donde se ha puesto en cuestión el orden capitalista mismo y se han aflojado los mecanismos de coerción” (Valdivia, *et. al.*, p. 50). Sería, entonces, este proceso el que eliminó a la derecha oligárquica y que hace que surja “un nuevo tipo de derecha, no pasiva, la cual descubrió la importancia de la acción política y no sólo de la reflexión, aunque esta era central en la lucha: reflexión y acción debían constituir un todo (Valdivia, *et.al.*, p. 56)”. En este aspecto –la reflexión- coincide con Herrera.

Es interesante señalar lo que plantea Verónica Valdivia en su estudio sobre lo que ella denomina el “parto de la nueva derecha” (Valdivia, 2008), pues acota el uso del término Nueva Derecha a la consolidación de la Unión Demócrata Independiente (UDI)²⁷ y su éxito electoral a partir del año 2000. De todos modos, tal como ya se ha analizado previamente, el aporte que ella hace radica en el hecho de concebir claramente la ruptura de la derecha que surge luego de la dictadura con la tradicional élite oligárquica chilena. En ese sentido, es un antecedente importantísimo para el concepto de nueva derecha, sobre todo con el componente de penetración en los sectores populares, que es parte del objeto de estudio de este trabajo de fin de máster, justamente la derivación retórica del término nueva derecha hacia el de derecha social, que hoy no está encarnado sólo por la UDI, sino que por amplios sectores de las derechas chilenas, tanto en Renovación Nacional (RN) y Evopoli (centro liberal).

Un punto importante, que sirve también como contraste a lo que ocurre en Chile, puede verse en el texto de Samuel Moncada (1988), en que referencia y critica a intelectuales de derecha, reconocidos como liberales, pues da cuenta de que en muchas zonas de América Latina, la evolución político institucional ha impedido que

²⁶ La reforma agraria responde a la necesidad de mejorar las condiciones de los trabajadores de la tierra, de fomentar el cultivo de los campos desaprovechados, de incorporar nuevas tecnologías al agro y de una conciencia sobre el tipo de vida que tenían los campesinos, variando poco desde la época colonial en el sentido de la tenencia de la propiedad. Se inicia de manera tímida durante el gobierno de Jorge Alessandri, se profundiza con Frei y se exagera con Allende.

²⁷ Para más antecedentes y una lectura más íntima sobre el proceso de consolidación de la UDI, se recomienda el texto de la historiadora chilena Carolina Pinto (2006).

las ideas de derechas concentren una tradición que vaya más allá de la herencia colonial española, devenida en oligarquía terrateniente y luego economicista apegada a la defensa a ultranza del neoliberalismo. Es interesante que, tal como se ha venido comentando en las referencias a Herrera, en Chile existe una tradición política e intelectual más cercana a las democracias europeas, y que viene a confirmar la intraducibilidad del concepto de Nueva Derecha, debido a que los aspectos reaccionarios, si bien estuvieron presentes en determinados momentos de su historia, no son el tronco principal de su base argumentativa, intelectual y fáctica.

Esta idea –la de la diferencia de concepto entre la nueva derecha chilena y la Nueva Derecha (europea)- se aprecia también en Toranzo (1988), quien asimila esta idea de nuevos bloques dominantes, que “fundamenta[n] su conducta en la crisis de los paradigmas económicos usados hasta el presente; en especial la virulencia conceptual está dirigida contra el Estado de bienestar, el keynesianismo y la intervención del Estado en la economía” (Toranzo, 1988). La gran diferencia que se presenta con el caso chileno, es que esta caracterización podría calzar en parte con la corriente “Chicago-gremialista” plantada por Herrera, pero no considera y, al parecer, no ha presentado en el resto de América Latina, o al menos en los países del área andina, una evolución hacia formas explícitas de apoyo a la democracia y a una preocupación efectiva hacia el desarrollo y el combate contra la pobreza, sino más bien, a la reivindicación de privilegios de clase, que la Izquierda se ha encargado de enrostrarle. El caso chileno es, por tanto, interesante, pues sitúa a esta democracia de América del Sur en un terreno que no hace fácil la comparación u homologación del discurso con el resto de los países de la región.

Es por esto que, surge de inmediato la duda con respecto al apego a identidades autoritarias dentro de las derechas en Chile.

Una forma de confrontar el concepto de nueva derecha en Chile es la manera en que James Loxton (Loxton en Luna & Rovira, 2014, pp. 117-140) lo plantea desde el punto de vista de la aparición de esta corriente como el surgimiento y consolidación de “partidos de herencia autoritaria”. El concepto que él utiliza es el de “*authoritarian successor parties*”, y data su aparición en la década de los ochenta y noventa del siglo XX. Así, incorpora dentro de este grupo de partidos a la UDI, como heredera directa del régimen de Augusto Pinochet, señalando que gracias al rol que cumplió durante la década de los ochenta –en plena dictadura a pesar de no ser oficialmente un partido político- en las alcaldías del país, logró desarrollar una red clientelar importante,

además de una relación con la élites económicas, lo que le permitió consolidar su influencia tanto en sectores populares como en clases medias y altas. A este tipo de partidos, Loxton los califica como la nueva derecha latinoamericana, y ya hemos analizado en este trabajo que, para el caso de Chile, hay un cambio profundo en torno a 2010. Se reafirma así la imposibilidad de traducir o identificar el concepto nueva derecha de manera unívoca al caso chileno, pues al no haber una claridad o una convención sobre su uso, puede prestar a confusiones para quien no esté familiarizado tanto con la historia como con el devenir político cotidiano chileno.

Todos estos antecedentes son los que dan pie a preguntarse por esta gran diferencia entre el concepto de Nueva Derecha –en el sentido europeo- y su uso en el caso de la Nueva Derecha Chilena. La primera, pues, se refiere a una reacción y una intención de renovar ideas anquilosadas en estructuras totalitarias del siglo XX; la segunda es una tendencia política que por un lado rompe con su pasado señorial y oligarca, y por otro reafirma su compromiso con la República, la democracia y el Estado de derecho.

Si no se consideran estas diferencias, es posible caer en errores de interpretación de la política chilena. Un observador europeo, por ejemplo, podría pensar que cuando en Chile se habla de nueva derecha se refiere a un sector autoritario y con poco apego por la democracia, pero en la práctica es todo lo contrario. La historia y los traumas del tiempo, hicieron que la derecha chilena se renovara de tal manera en lo retórico que toma su raíz del siglo XIX y la actualiza en un siglo XX convulsionado. Para fines de esa centuria se ha transformado en una corriente política que poco tiene que ver con los sectores que apoyaron de manera acérrima al gobierno militar de Pinochet y permite afirmar que la larga tradición republicana y democrática chilena se consolida en relación a sus vecinos regionales.

La discusión sobre las tradiciones democráticas y las diversas crisis que ésta ha vivido a lo largo de la historia de Chile es tarea de otros estudios, pero lo que sí es importante es comprender el siguiente paso en este proceso de transformación de la derecha chilena, pues con la llegada del siglo XXI se ha comenzado a hablar por parte de los partidos de derechas chilenos con una mirada que no se veía desde hacía tiempo.

Para algunos esto es el resultado del proceso impulsado por la izquierda de “ir corriendo el cerco”, entendido como la manera en que ideas liberales o en cierto modo progresistas han calado en los partidos de derecha. Esta situación no tiene que ver con

eso, sino con un elemento mucho más sencillo: la derecha chilena siempre ha tenido una vocación de servicio social, de trabajo que conjuga el desarrollo, crecimiento económico y libertad, con un Estado que se entiende como esencial para poder no sólo corregir, sino liderar los procesos de transformación de la sociedad, del avance de garantías y derechos sociales que sin la participación activa del Estado no podrían darse. Este camino o tránsito de la derecha chilena hacia este punto es lo que se analiza en el siguiente capítulo y que desde el punto de vista comunicacional se ha empezado a conocer como Derecha Social.

CAPÍTULO IV

DE NUEVA DERECHA A DERECHA SOCIAL

Un punto de acuerdo en la discusión de los conceptos que se han venido analizando hasta ahora, puede encontrarse en el hecho de lo novedoso o no de la idea de incorporar en el discurso político este actor denominado Nueva Derecha. El paso siguiente es reflexionar acerca de si es tan sólo un recurso retórico, exclusivo en el ámbito del uso del lenguaje, o bien una herramienta de práctica política o, a su vez, tiene que ver con un verdadero cambio y conformación de un relato y componente novedoso y singular de la derecha en Chile.

De hecho, todo esta discusión es importante ya que el contexto histórico y de análisis académico sobre el asunto conduce a la posibilidad de pensar en las implicancias que tiene para el presente, pero por sobre todas las cosas, para el futuro inmediato de Chile.

Volviendo al origen de la discusión y al objeto de estudio, en relación a la idea de la novedad del concepto de nueva derecha, es posible señalar que esta propuesta que actualmente se erige como uno de los eslogan más importantes en la derecha no es nueva. De hecho, ya en el programa de Jorge Alessandri en 1970 se afirmaba el apego a una economía social de mercado “asociada al ejemplo alemán con una clara intervención estatal y preocupación por lo social, ajeno al neoliberalismo monetarista de Chicago (...) buscaba [entonces] un camino capitalista neoliberal, pero de orientación alemana, lejano al norteamericano y, por tanto, extraño al neoliberalismo ideológico que primó desde la década del setenta. [Incluso] buscaba una redefinición del sindicalismo (...) con mayor participación dentro de las empresas.” (Valdivia, *et. al.*, pp. 25-26). Este punto es fundamental para poder comprender el contexto del que se habla en este trabajo, pues no es posible comprender a la política chilena sin la necesidad de visualizar que la derecha expresaba desde muy atrás en el siglo XX la idea de un Estado presente y con un rol importante no sólo dentro de la economía, sino que como un motor esencial en el desarrollo, por lo que la intervención estatal también será un eje presente en las discusiones que la derecha tendrá durante la segunda mitad del siglo XX y lo que va avanzado del XXI. Es por eso, que remitiendo al capítulo anterior, podemos observar en estas dos almas de la derecha que se enfrentarán soterradamente a partir de la dictadura: una derecha histórica-democrática-liberal versus una derecha economicista.

¿De dónde viene entonces esta aceptación de la derecha chilena por la intervención estatal? ¿Es posible hablar de aceptación cuando al parecer está en el mismo origen de aquella? Efectivamente, en la derecha chilena que se consolida como tal en los primeros años del siglo XX hay una inclinación favorable hacia la intervención del Estado y que de acuerdo a lo expresado por Moulian, citado por Fernández y Rumié (Fernández, Rumié, 2020), es parte de la herencia de la llamada “cuestión social”, que en los inicios del siglo pasado alentó a un grupo diverso e importante de jóvenes que pertenecían al Partido Conservador. Incluso, más que una aceptación en parte de la génesis, sobre todo se trata de la influencia que tuvo para estos sectores de la población las políticas sociales y orientaciones emanadas de los países que firmaron la Paz de París, además de los lineamientos del gobierno de Wilson en los Estados Unidos.

Ya para el caso de los años sesenta, el rol del Estado se consolida dentro de amplios sectores de derecha, sobre todo los que defendían la intervención en materias sociales y económicas, pues existía un relato casi épico de que le correspondía al Estado “velar por el bien común” (Fernández, Rumié, Op. Cit.). La opción estatal, por denominarla de alguna manera, estuvo presente desde el origen en las derechas chilenas, con mayor o menor apego. El periodo en que se ve un alejamiento más patente a esta corriente es con la consolidación de la derecha Chicago-gremialista, sobre todo en el periodo de la dictadura, pero tal como se ha venido analizando, el reconocimiento el rol del Estado ha sido y sigue siendo clave dentro de las tendencias de derecha chilenas.

Para la actualidad, se hace importante mirar a estos orígenes para comprender a esta nueva derecha o la conformación de las derechas chilenas de hoy. La disputa entre las dos principales almas del sector se centran ahora en continuar con la lógica de una democracia protegida y una economía abierta como lo propuso el Chicago-gremialismo o bien una nueva articulación del principio de subsidiariedad que se relacione más con la solidaridad (y que reafirme el compromiso de la derecha con un Estado robusto en el contexto de la sociedad contemporánea) (Mansuy, 2020), por ende, con los orígenes aquí señalados.

Si se toma en cuenta, entonces, la referencia incorporada anteriormente al presidente Jorge Alessandri, permite asir esta definición o declaración de intenciones de uno de los referentes más importantes de la derecha chilena en la segunda mitad del siglo XX, desde otro punto de vista y que podría darnos la clave sobre lo que es

hoy el verdadero espíritu de uno de los usos del concepto, el discursivo, Nueva Derecha Chilena.

Ya se ha analizado previamente que dentro de las tradiciones históricas de las derechas en Chile, se consolida a partir de fines del siglo XIX y principios del XX la preocupación en este sector político por los sectores más pobres de la población. En un primer momento, tanto liberales como conservadores llevaron adelante la idea de que a través del progreso y del fortalecimiento de un Estado sólido, con medidas como la educación pública, se llegaría a fomentar la mejora en la calidad de vida de las personas. Luego del impacto que tuvo en el mundo la encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII, la derecha chilena hizo eco de los postulados de la Iglesia y su doctrina social, quizás en parte para contrarrestar la pérdida de influencia que estaba teniendo con el avance de los partidos proletarios y la consolidación de un sector de la población que no correspondía a sus “tradicionales clientes”. Lo que se pretende señalar en este punto es que a diferencia de lo que algunos autores proponen, es decir, que la derecha siempre estuvo interesada en defender sus privilegios oligárquicos y terratenientes, hay una parte de ella, que se consolida en el XX, que tuvo desde su origen –al menos- una mirada hacia los sectores populares.

Con el paso del tiempo, esta derecha que, podemos ver, se conjuga de buena manera en la referencia al presidente Jorge Alessandri citada precedentemente, cree firmemente en el rol del capital, del trabajo, de la industria y el emprendimiento, pero a la vez propone y defiende un Estado que asegure a todas las personas un nivel de vida con estándares mínimos de satisfacción de sus necesidades básicas, sean estas materiales, físicas, espirituales o sociales.

La dictadura significó una especie de pausa, una coma, en el desarrollo de esta Nueva Derecha Chilena, pero no implicó su desaparición, sino que permitió un periodo de reflexión, de introspección, en el que las ideas neoliberales de Chicago, junto con la tradición republicana y democrática de la derecha tradicional, permitieron que el concepto de Nueva Derecha Chilena se consolidara como una idea particular de la que podemos estar hablando ahora.

La pausa no debe ser entendida como una claudicación a los intereses y postulados tradicionales de esta derecha, sino que como un periodo de acomodo, en el que debió aceptarse que la intervención militar duraría más años de los que los políticos pensaban. La crítica que desde el interior de la misma derecha se ha hecho ha sido dura y algunos personeros se sintieron “traicionados” por considerar que su

rol en la dictadura había sido un servicio al país. El presidente Sebastián Piñera llegó incluso más allá.

Pocos días antes de la conmemoración del 11 de septiembre en el año 2013, es decir, cuando se cumplían 40 años del golpe de Estado, Piñera señaló en una entrevista que quienes colaboraron con el régimen militar o callaron sobre lo que ocurría en el país, fueron “cómplices pasivos”, apuntando a las altas autoridades que según el mandatario “sabían o debían saber” sobre lo que ocurría, aunque el Presidente agregó que también hubo otras personas que “no hicieron nada o no quisieron saber y tampoco hicieron nada”. Piñera, afirmó en la misma oportunidad que consideraba un error que la derecha apoyara el Sí a Pinochet en el plebiscito de 1988 y que estaba “absolutamente convencido de que la inmensa mayoría de la centroderecha, si pudiera volver atrás, se la jugaría por recuperar la democracia por el camino más corto, [es decir], la opción No”²⁸.

En síntesis, lo importante de considerar es que durante el periodo de la dictadura es donde surge como protagonista esa otra alma de la derecha, una diferente a la histórica, y que se sintió no sólo cómoda, sino que participó activamente en el gobierno de Pinochet y que hoy ha decidido casi por completo de parapetarse en un sector extremo, siendo muy crítico y punzante en contra del actual gobierno y encarnando en la figura de José Antonio Kast la versión chilena de las derechas extremas que pueden verse en Europa y Estados Unidos.

Esto permite hacer un paralelo y diferenciar aún más esa derecha histórica de la Chicago-gremialista, y sobre todo ayuda a comprender que la primera no reniega del rol del mercado, al contrario, lo reivindica como esencial, pero no se apega al dogma ortodoxo, sino que sostiene al Estado como un actor fundamental en los procesos de desarrollo, con la intervención necesaria en las materias que sea preciso regular, impulsar y desarrollar, además de corregir. La conexión, entonces con los movimientos y partidos de derecha post dictadura se hace clave en este punto, pues en la actualidad la vertiente economicista ha ido cediendo posiciones en torno a la consolidación o reivindicación de esas tradiciones más antiguas de la derecha chilena.

Al día de hoy, en plena efervescencia electoral por la carrera presidencial se ha hecho más presente que nunca: todos los candidatos presidenciales de la coalición de derechas han mencionado, algunos más directo que otros, que pertenecen a esta

²⁸ Ver Radio Cooperativa *on line*. Disponible en <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/dd-hh/presidente-pinera-muchos-fueron-compllices-pasivos-de-la-dictadura/2013-08-31/082931.html>

Nueva Derecha Chilena, a una derecha que es social, que tiene como principal objetivo el desarrollo con el fin de eliminar las inequidades, eliminar la pobreza y mejorar las condiciones de vida de todos los ciudadanos, es decir, un carácter solidario. Es por esto, que es clave poder analizar los alcances de este concepto, el que viene a complementar de manera precisa lo que es hoy la derecha en Chile.

4.1. La Derecha Social

En cuanto al origen del concepto de Derecha Social, un germen de ella lo podemos encontrar en la elección presidencial del año 1999-2000, cuando el entonces candidato y militante UDI, Joaquín Lavín, arguyó como eslogan la idea de “solucionar los problemas reales de la gente”. En dicha oportunidad el candidato que “hacía cosas”, desde su rol de alcalde, alcanzó una exposición mediática que lo lanzó de inmediato a una posición inesperada en las encuestas de aprobación. Solucionar los problemas de la gente implicaba un componente social importante dentro de su programa, el que incluía por ejemplo la implementación de un plan de trabajos de emergencia para paliar la cesantía en casos críticos, la garantía de derechos en materia de salud tanto en el sistema público como privado asegurando acceso, integración de sistemas sanitarios públicos y privados, aumento en subsidios de vivienda, entre otras medidas²⁹.

Los años posteriores, muy apegado a los cambios en lo político doctrinario que se han comentado antes, explicado en parte por la creciente cantidad de autoridades locales que logró elegir la derecha (alcaldes y concejales), se fue afianzando la idea en la derecha de que las ideas de apoyo social, de solidaridad y de equidad no eran banderas exclusivas de la izquierda.

El electorado lo entendió así también, y con la llegada de Sebastián Piñera a La Moneda en 2010, se concretó esta visión de un gobierno que podía dar estabilidad política, fundamental para fomentar la inversión y el desarrollo económico, pero también con políticas sociales, como por ejemplo la ampliación del permiso maternal de tres a seis meses con un subsidio estatal, además de continuar con la política de aumento de las ayudas sociales en materia de pensiones, iniciado por el gobierno de

²⁹ Programa de gobierno candidato Joaquín Lavín, elección 1999-2000.

Michelle Bachelet, pero continuado como política pública durante la administración Piñera. A eso se sumó una medida que causó gran impacto mediático y que aún está en vigencia. Se trata del denominado “*Bono Bodas de Oro*”, que implica una transferencia directa de recursos para las parejas que hayan cumplido o cumplan 50 años de matrimonio. A estas medidas se pueden añadir iniciativas como la creación de un ingreso ético familiar, que es un subsidio estatal con transferencia directa para personas y familias de menores ingresos³⁰. El impacto, por ejemplo que tuvo el mencionado Ingreso Ético Familiar en materia de disminución de la pobreza, se consolida como un aspecto novedoso del primer gobierno de Piñera. Se complementó, incluso, con la creación del Ministerio de Desarrollo Social y en el trabajo por redefinir la línea de pobreza. Otro ejemplo de la mirada social y menos economicista de esta nueva derecha en el poder es el gasto real que se hizo en materia de educación pública, considerando que durante el periodo 2010-2014 el 20% del presupuesto del sector público fue para educación (Libertad y Desarrollo, 2014). Llama la atención, por ejemplo, que un gobierno de derechas haya promulgado una nueva ley de participación ciudadana, la que aumenta y permite mayor acceso a procesos deliberativos a nivel local y central, es decir, contradice lo que tradicionalmente la derecha podría o debería defender en cuanto a la concentración del poder. Lo que se quiere señalar en este punto es que efectivamente, pese a la crítica que algunos centros de pensamiento hicieron, como Libertad y Desarrollo, el primer gobierno de Sebastián Piñera levó a cabo políticas públicas y proyectos de ley con un marcado énfasis social, incluso teniendo que recibir la opinión de este *think tank*, en el que se argumentó que, en definitiva, era un gobierno sin relato o sin discurso de derecha, usando las herramientas de la izquierda (Libertad y Desarrollo, 2014).

Pese a lo señalado en el párrafo anterior, el primer mandato de Piñera tuvo que soportar fuertes manifestaciones en las calles, sobre todo de parte de estudiantes, por lo que se comenzaba a ver desde ese momento el larvado inicio de un malestar que crecía en la población chilena. Esto no implica que se identifiquen esos sucesos como el origen o causa remota de las manifestaciones de 2019, pero al menos mencionar que sí hay elementos que pueden entroncarse en este periodo, más allá de que “el

³⁰ Es incluso patente de la visión más de centro del gobierno de Sebastián Piñera al constatar que durante su mandato fue enviado el proyecto de ley de unión civil, que permite el reconocimiento legal de parejas homosexuales. Este proyecto se convirtió en ley luego de una larga discusión en el Congreso y fue promulgado por Michelle Bachelet. En materia de perfeccionamiento de la democracia, es importante señalar la consagración del voto voluntario y la ley de primarias, además de la elección directa de los integrantes de las asambleas regionales (Consejeros Regionales).

modelo chileno” fue administrado más tiempo –desde el fin de la dictadura- por gobiernos de izquierda y centro izquierda, que por la derecha.

La Derecha Social, entonces, recoge elementos de solidaridad en materia de políticas públicas, reconoce la importancia de la libertad de mercado, comprende el principio de subsidiariedad en un sentido de fomento de la vida civil, agregando, además, un tema que no es explícito aún, pero que ha sido posible vislumbrar en torno a lo planteado por los cuatro precandidatos³¹ -del sector- a la presidencia sobre la descentralización y la importancia del poder a nivel local y regional.

Con este escenario, llegamos al día de hoy. La carrera presidencial de la derecha, a diferencia de la izquierda, ha sido más bien ordenada y logró, pese a la poca popularidad del gobierno y una oposición más centrada en cambios radicales, llegar a un proceso de primarias legales para elegir a su abanderado en las próximas elecciones presidenciales de noviembre³².

Los candidatos son justamente parte de esa nueva tradición de la derecha chilena, aunque uno de esos nombres no sea nuevo en las contiendas presidenciales. La UDI llevó como candidato, por tercera vez, a Joaquín Lavín, quien desde su privilegiada posición de alcalde de la comuna de Las Condes (una de las más ricas del país), y luego de haber sido ministro de Educación y luego de Desarrollo Social del primer gobierno de Sebastián Piñera, ha ido mostrando un discurso siempre apegado a los problemas sociales. Su exposición mediática, participación en programas de televisión casi a diario y su rol como un líder de derecha, pero que ha logrado alejarse de las posiciones del pasado relativas a la dictadura, lo confirmaba como una de las primeras opciones para ganar la primaria del domingo 18 de julio, aunque su discurso conservador dentro de un abanico de candidatos liberales, lo hizo perder opciones reales, sobre todo con sus dichos sobre su oposición al matrimonio igualitario (defendido por los otros tres candidatos) y el aborto libre.

Por su parte, RN, el otro partido mayoritario de la derecha chilena, presentó como candidato a Mario Desbordes, de quien se hablará un poco más extensamente en los párrafos siguientes. En ese sentido es importante mencionar a los otros dos candidatos. Uno de ellos es Ignacio Briones, exministro de Hacienda del actual gobierno de Sebastián Piñera y que llegó a dicha cartera luego de las manifestaciones

³¹ Ver Debate Primarias Chile Vamos (12/jul/2021) en https://www.youtube.com/watch?v=_Glkgd-uZss

³² En las primarias presidenciales del sector, participaron un total de 1.340.020 personas. El ganador fue Sebastián Sichel con un 49,24% de los votos. Fuente SERVEL. Ver <http://www.servелеcciones.cl>

de octubre de 2019. Briones es economista, académico y se ha desempeñado como embajador de Chile ante la OCDE y su partido es EVOPOLI. Este partido aún sigue siendo minoritario dentro de la derecha, pero podría resumirse en que es un conglomerado de centro liberal, tanto en lo económico como en lo valórico. El cuarto candidato es Sebastián Sichel, quien también fue ministro de Desarrollo Social de Piñera y presidente del directorio del Banco del Estado. Sichel es apoyado por sectores conservadores y liberales de RN³³, pero también por independientes de centro, coincidiendo con su origen demócratacristiano, jugando muy bien la carta del “outsider”³⁴. El caso de Sichel es particular, pues no milita actualmente en ningún partido, jugando la carta del candidato fuera de los partidos tradicionales, estrategia que ha tenido efectos positivos, y mirando las actuales encuestas, lo tiene hoy liderando las preferencias para la elección de noviembre³⁵.

El caso de Mario Desbordes es interesante y, a juicio de este trabajo, encarna de mejor manera la llamada Derecha Social. Es apoyado por un sector mayoritario al interior de Renovación Nacional, pero además cuenta con el respaldo de un partido minoritario de centro, el Partido Regionalista Independiente (PRI), que se define como un partido de centro, contrario a los extremos de derecha e izquierda, así como también al populismo, por considerarlos un atentado para la democracia (Cfr. Declaración de Principios PRI). Reafirma, además la economía social del mercado, el Estado solidario y promotor, la defensa de la libertad y un importante componente descentralizador y regionalista.

Desbordes es abogado de profesión y ocupó el cargo de secretario general de RN durante el periodo 2010 a 2016, además de presidente de la colectividad desde 2018 a 2020, siendo luego electo diputado, cargo que ocupaba cuando es nombrado ministro de Defensa del actual gobierno. En cierto sentido su salida desde la Cámara de Diputados no estuvo exenta de polémica, pues luego de los sucesos de octubre de

³³ La pugna entre conservadores y liberales al interior de RN en esta elección presidencial tiene más que ver con cuotas de poder al interior del partido que con definiciones morales o ideológicas. La mayor parte de los integrantes de RN reconoce que la diversidad social, política y económica del partido es su principal fortaleza.

³⁴ Incluso se dio a conocer en las últimas semanas que Mariana Aylwin, la hija del expresidente DC, será la encargada de contenidos en materia de derechos humanos de la candidatura de Sichel.

³⁵ En la encuesta Pulso Ciudadano de ACTIVA, publicada el , el candidato de la derecha, Sebastián Sichel, lidera las preferencias en intención de voto. Si bien es cierto alcanza sólo un 20,4%, tiene una ventaja mayor de 6 puntos del candidato de la izquierda Gabriel Boric (14,7%). Lo interesante es que en tercer lugar, con un 10,2% se ubica el candidato de extrema derecha José Antonio Kast. Un 22,2% de los consultados no sabe aún por quien votará en las elecciones presidenciales de noviembre de 2021. Fuente ACTIVA. Disponible en https://chile.activasite.com/wp-content/uploads/2021/08/Pulso_Ciudadano_Informe_Agosto_Q1.pdf

2019, fue uno de los principales críticos al manejo del gobierno de la emergencia social, por lo que su llegada al gabinete de Piñera fue vista por algunos como una forma de acallar sus críticas directas a la gestión del mandatario. Del ministerio de Defensa sale en diciembre de 2020 para dedicarse de lleno a su candidatura presidencial.

Lo interesante de Desbordes es que le reconoce su capacidad de diálogo y su rol clave en los acuerdos políticos de noviembre de 2019 que desembocaron en el “*Acuerdo por la Paz Social y una Nueva Constitución*”, lo que le ha valido, además, las críticas de los sectores más reaccionarios de la derecha chilena, sobre todo de los sectores más extremos que no forman parte de la coalición Chile Vamos.

Desbordes fue oficial de Carabineros, la policía uniformada chilena, dejando de formar parte de sus filas en 1994. Lo interesante es que desde el momento en que su gestión se instala al interior de Renovación Nacional, se comienza a hablar cada vez más del concepto de Derecha Social.

Esta idea cuenta con un respaldo de reflexión aportado principalmente por la figura del filósofo Hugo Herrera, que ha venido a condensar de manera precisa esta idea de una derecha que es democrática y que se conecta con las raíces más tradicionales de la derecha chilena de los siglos XIX y XX, pero sin la carga oligarca, terrateniente ni autoritaria, es decir, una derecha que cala hondo en las clases medias, en los sectores trabajadores asalariados, en las pequeñas y medianas empresas, pero que también concita apoyos en el gran empresariado y en las cúpulas.

De este modo, si se pudiera contraer en tres ideas fuerza este concepto de Derecha Social planteado por Desbordes se puede decir que es republicana, popular y territorial (Herrera, 2021, c). Estos conceptos que se incorporan de manera organizada y sistemática en el discurso del candidato de RN pueden verse explicitados en lo planteado por Herrera (2021, d) de la siguiente manera: “A diferencia de ellos, no es ahora, tampoco 2019: en 2014 comenzó Desbordes, con Monckeberg³⁶ y otros, un giro de fondo al centro, con hitos de peso y verificables: el cambio en la Declaración de Principios de RN, que se distanció de la dictadura e incluyó la solidaridad; la incorporación del partido a la Internacional Demócrata de Centro, su acercamiento con la DC alemana y el PP español; un trabajo ideológico sostenido, expresado en documentos partidarios que abogan por una centroderecha social, política, republicana

³⁶ Presidente de Renovación Nacional en el periodo 2014-2018 y actual integrante de la Convención Constituyente.

y popular” (Herrera, 2021, d). El uso del “nosotros” confronta a los otros partidos de derecha, en especial a Joaquín Lavín e Ignacio Briones, de la UDI y EVOPOLI respectivamente.

El mismo Mario Desbordes refirma lo anterior de este modo: “Nuestros socios de coalición plantean soluciones a las demandas ciudadanas fundamentalmente desde la economía de mercado y sus capacidades de crecimiento y creación de empleo. Nosotros, en cambio, agregamos un componente fundamental: creemos en una economía social de mercado, en la cual el principio de la solidaridad juegue un papel fundamental, dándole contenido humano a la economía. Entendemos, asimismo, que la subsidiariedad tiene un sentido positivo, amplio y fructífero, que se extiende al apoyo y fomento que debe brindar el Estado a la sociedad civil y sus diversas formas de organización” (Desbordes, en Herrera, 2021, p. 10).

Tal como se ha señalado, en estas dos frases se resumen las ideas que podrían hoy denominarse como Derecha Social en Chile y que podrían compendiarse en este nuevo concepto filosófico político como republicanismo popular que, a su vez, tiene tres ejes o tensiones “Estado central-territorio, Estado-sociedad civil y Estado-mercado” (Herrera, 2021). La novedad de esta definición radica en la inclusión o aceptación de una historia republicana rica en tradiciones y de formación de una identidad nacional que está en un proceso de constante movimiento, pero que, a su vez, debe reconocer esta idea de la larga duración de la que se ha hablado anteriormente.

No es posible, entonces, comprender esta idea de Nueva Derecha Chilena devenida en Derecha Social sin la interacción en este “republicanismo popular” de lo que Herrera denomina principio republicano y principio popular-terrestre (Herrera, 2021, 30 y ss.)

Así, la discusión que se plantea es en torno a la importancia de los valores republicanos e institucionales, de las tradiciones académicas, científicas y de pensamiento que han permitido forjar la democracia chilena y de la cual la Nueva Derecha Chilena y esta Derecha Social se siente heredera, pero se complementa con un componente que en la situación actual se torna fundamental. Este es la importancia del territorio y de sus habitantes como parte de la esencia de la labor política, los problemas tanto de las personas como del territorio, la “tensión” entre estos principios que “se orientan a la realización de una política que se entiende como conseguida si se alcanza de manera receptiva la situación popular y se le da eficazmente expresión; si

el dinamismo popular resulta captado y reconocido establemente, si las inclinaciones, anhelos y capacidades populares son intuitas y obtienen articulación en una institucionalidad adecuada” (Herrera, 2021, 30).

4.2. El concepto de republicanismo popular

Dentro del proceso de reforma o renovación que las derechas chilenas han venido viviendo en el último tiempo, uno de los elementos que destacan es el surgimiento en de una cierta inquietud de parte de intelectuales del sector de poder argumentar esta renovación derivada en la nueva derecha y la derecha social. Como se ha señalado en el punto anterior, se pone de manifiesto en el debate la idea de una derecha que reconoce en su historia y en sus bases electorales la necesidad de conexión o reconexión con dos elementos esenciales. El primero de ellos es la República misma, bajo el prisma de esta construcción de normas, instituciones, tradiciones, derechos y deberes que conforman al Estado. El segundo es territorio, o mejor dicho, los territorios, desde la perspectiva de las diversas identidades regionales y locales que se pueden dar a lo largo y ancho de un Estado soberano, en este caso Chile. Surge ahí, entonces, una interacción y articulación entre las ciudades, la población y los territorios (Mansuy, 2020), lo que puede interpretarse como una de las bases del concepto de republicanismo popular.

Tal como se señaló en el apartado anterior, quien ha acuñado y difundido el concepto de republicanismo popular ha sido el filósofo Hugo Herrera, quien en su texto “Crisis Epocal ” (2021), da cuenta de los elementos que componen esta idea.

Si se pudiese resumir de forma breve, es importante considerar que son efectivamente varios los puntos sobre los que se articula, pero hay dos ejes que son clave para la comprensión del mismo.

El primero de ellos tiene que ver justamente con los territorios, ese elemento que se mencionaba antes que se entronca con la larga duración *braudeliana*, con lo que ha estado presente desde hace muchos años, siglos, a lo largo de la historia y que en cierto modo marca o va definiendo el carácter de los habitantes del mismo. Herrera incorpora dentro de este elemento a la religión, e incluso esboza que las culturas ancestrales tradicionales también forman parte integral con el aporte que cada población ha ido haciendo. El territorio también define un carácter (Herrera, 2021), no

sólo por su clima, sino que también por su geografía, por la relación con el espacio, con la sensación de insularidad que puede llegar a tener Chile debido a la cordillera que flanquea prácticamente toda su frontera oriental y el Océano Pacífico que se convierte, a veces, en una barrera natural inconmensurable. Todo esto cuando la geofísica decide estar tranquila y no se encapricha –si fuera posible usar la metáfora– con los sucesivos terremotos y tsunamis que en este país americano son más frecuentes de lo que se piensa. Todos estos elementos territoriales van conformando, a su vez, diversidades, pues su población, se materializa a “manera de existencia concreta del pueblo”, reconocida como una tarea, a su vez, política (Herrera, 2021).

Aparece, entonces, el segundo de estos componentes, el popular, que justamente se consolida como actor principal de la interacción entre los habitantes, devenidos luego en ciudadanos, y el territorio, pero no sólo él, sino que también la historia, las costumbres, las instituciones, los acontecimientos. Un ejemplo de esto es lo que ha ocurrido con la excesiva centralización del territorio chileno, donde su capital, Santiago, concentra casi un tercio de la población del país. Esto implica que la ciudad haya crecido de forma desmedida, generando a veces pocas posibilidades de integración entre diversos sectores sociales, lo que ha incubado un descontento que se entiende fácilmente si se toma en cuenta, tan solo siquiera, este asunto. Lo mismo se replica al resto de las regiones del país, donde sus habitantes ven que no pueden tomar decisiones sobre sus propios territorios y sobre lo que afecta a sus propios habitantes. Así, hay “deterioros del territorio” como zonas de sacrificio ambiental o desconexión de poblaciones completas que viven en aislamiento casi permanente en zonas extremas del norte o del sur austral del país. Si se pudiera resumir este punto en una frase, el elemento popular que importa para este concepto es en el que “el elemento humano se reconoce en su institucionalidad” (Herrera, 2021).

La reflexión que se puede plantear entonces es la de si se relaciona con el principio de subsidiariedad, es decir, en el que el Estado reconoce y ampara a los grupos intermedios para que alcances sus fines específicos. La diferencia radica en que en este último no hay un reconocimiento institucional evidente o igualitario para todos. Un ejemplo de esto es el reconocimiento de los pueblos originarios.

La idea que subyace, entonces, en el republicanismo popular es la necesidad de que el Estado, con sus instituciones y tradiciones, pueda extenderse, no en un sentido devorador del término, sino que con una mirada de integración y eficacia, en que deba mejorar considerablemente su presencia en segmentos donde hoy sigue

siendo aún débil, como por ejemplo en innovación o fomento a la producción, en la seguridad de condiciones de vivienda para sectores que no logran el acceso a ella, en educación, por cierto, en la “provisión suficiente” de agua y otros recursos básicos, pero también en la defensa de las personas ante los abusos, no del mercado en sí, sino de “los económicamente poderosos” (Herrera, 2021).

El republicanismo popular, entonces, conjuga la “realización institucional del pueblo en su territorio” (Herrera, 2021), lo que agregado a su propia historia reconoce como valores esenciales e indiscutibles la democracia y la libertad, además del apego al respeto de los derechos esenciales de las personas. Herrera lo resume de la siguiente manera: “el principio republicano apunta a la instauración de una institucionalidad en la cual el poder se halle efectivamente encarnado y establemente dividido. El principio popular-terrestre, de su lado, se dirige a la integración institucional del pueblo concreto, tanto consigo mismo, cuanto con su territorio” (Herrera, 2021, p. 30).

Desde el punto de vista práctico, lo que se pretende hacer con la incorporación de este discurso renovado de derecha social, es dotar de un relato y de capacidad de articulación desde un punto de vista propositivo. En ese sentido, la historia de Chile permite afirmar que es en los periodos de crisis cuando la institucionalidad se pone a prueba y se mide el talante de sus dirigentes y también de su población.

¿Es entonces el republicanismo popular una expresión de renovación de la derecha en Chile? La pregunta es compleja y aún abierta. Los sucesos que se han venido presentando desde octubre de 2019 hasta la fecha dan cuenta de que Chile está en un proceso de cambio, de crisis, de giro hacia una comprensión de su historia y de sus tradiciones para proyectar el país de los próximos años.

En ese sentido, como objeto de estudio, resulta –a lo menos- novedoso e interesante, observar la respuesta o la propuesta que la derecha como sector político tiene para el país, cuando tradicionalmente se ha entendido que los grupos oligarcas, o los que han cometido abusos desde posiciones de privilegios, han pertenecido a este sector político. Los cambios que puedan haber ahí, también son parte de la coyuntura actual.

CONCLUSIONES

Sin lugar a dudas desde octubre de 2019 que Chile es diferente. En algunos discursos callejeros y en la prensa se enarboló la bandera de que “Chile cambió”; ¿No es acaso natural que las naciones atraviesen diversos procesos a lo largo de su vida? Con certeza es lo que está ocurriendo en estos momentos en el país del sur.

El domingo 4 de julio, coincidiendo con la efeméride de la instalación del Primer Congreso Nacional en 1811, sesionó por primera vez la Convención Constitucional que tiene la misión de redactar una propuesta de nueva carta fundamental. Por primera vez en la historia, esta misión recae en un órgano elegido por sufragio universal, con absoluta paridad de género en sus integrantes, además de escaños reservados para pueblos originarios: es un hito del que todos los analistas, politólogos, historiadores y los chilenos en general estarán pendiente durante los próximos doce meses.

En un gobierno de derechas, un Presidente ausente espera en la austeridad del Palacio de La Moneda que el país pase este tránsito, mientras en las calles se siente la efervescencia que no ha cesado desde que esos jóvenes estudiantes secundarios saltaran los torniquetes de acceso a las estaciones del Metro de Santiago, y que marcaría el inicio de las masivas protestas que tuvieron como uno de sus resultados el acontecimiento de este 4 de julio. Mientras Sebastián Piñera navega por aguas turbulentas, con el mundo atravesando por la tormenta que ha significado la pandemia producto del COVID-19 y su popularidad por los suelos, la coalición de gobierno –su coalición- ha tenido que poner el pecho a las balas y salir a enfrentar una campaña para elegir gobernadores regionales, alcaldes, concejales y, también, integrantes de la Convención. El resultado, en términos absolutos, no fue bueno. De las 15 regiones del país, sólo una fue ganada por la derecha, y a pesar de que en la Convención la bancada de la coalición de gobierno es la más numerosa, con 36 representantes, no alcanza a tener los votos suficientes para ejercer poder de veto, pues según el reglamento de la Institución, todos los acuerdos deben ser aprobados por los dos tercios (2/3) de los constituyentes en ejercicio. La derecha, en esta faena, no llega al tercio que le daba la posibilidad de atrincherarse, lo que por un lado puede interpretarse como negativo para el sector, pero no necesariamente para el país, ya que ningún bloque logró dicha mayoría, lo que obliga a construir alianzas y acuerdos,

como ya se demostró con la elección de la presidenta y vicepresidente de la Convención³⁷.

Pero todos estos comentarios previos no son más que el contexto en el que se ha desarrollado el proceso de investigación y como observador de estos tiempos, como historiador y como politólogo de oficio, no puedo evitar dejar de lado dichos acontecimientos.

El objeto de estudio analizado en este trabajo es la nueva derecha en Chile. Para eso, se recurrió a un análisis teórico sobre lo que la academia y el mundo intelectual entiende por tal. Nueva Derecha por tanto, en términos generales es la corriente política surgida con posterioridad a mayo de 1968, primero en Francia, y que luego se extiende por el resto de Europa y el mundo, y que remonta su origen a una reacción a los sucesos de fines de la década de los sesenta, y que mirando hacia su pasado autoritario –y en cierto modo fascista- busca renovar sus votos con una mirada dirigida hacia la profesionalización de la política, la eliminación de los populismos (al menos en el discurso), la lucha frontal en contra de los socialismos y, sobre todo, crítica de los resultados que el Estado de Bienestar había aportado a la sociedad.

El paso siguiente, es la comprensión de este concepto –Nueva Derecha- con otra reacción, esta vez la que ocurre luego de la caída de los socialismos reales a fines del siglo XX y las crisis económicas del primer quinto del siglo XXI, atribuidas por ésta, a la exacerbación de los poderes del Estado, sobre todo del Estado benefactor y el libre comercio a ultranza, por lo que reivindica valores como el proteccionismo, no sólo en lo económico, sino también en torno a la migración y sus fronteras, en lo valórico, en lo social. Esta Nueva Derecha es la que representan figuras como Donald Trump en Estados Unidos o Marine Le Pen en Francia, pero también la de Jair Bolsonaro en Brasil.

El principal punto de análisis de este trabajo fue comprender si este concepto calza con los parámetros de las derechas en Chile. En ese sentido, surge la principal conclusión de este estudio, pues el uso de esta idea nada tiene que ver el país austral, y es fundamentalmente usado como recurso retórico. Si bien es cierto esta Nueva Derecha Chilena tiene ciertas características que se resumirán pronto, es importante

³⁷ El primer gran acuerdo al que se llegó en la Convención Constitucional fue la elección de Elisa Loncón como presidenta y de Jaime Bassa como vicepresidente. La derecha se alineó con su candidato Harry Jürgensen, que no logró superar los 34 votos. La importancia de la elección de la directiva es que los sectores opositores al gobierno, la izquierda radical, la izquierda y los independientes alcanzaron la mayoría en la definición de la mesa. Esto de todos modos no puede interpretarse como que a futuro se replique esta correlación de fuerzas en futuras votaciones de la Convención.

mencionar que esta imposibilidad de hacer equiparables el concepto a los criterios europeos y chilenos, da pie para confusiones que podrían incluso no permitir la comprensión cabal de los fenómenos políticos chilenos a partir de 1973 en adelante.

Por tanto, en primer lugar es necesario señalar que los partidos de centro derecha en Chile “a diferencia de sus contrapartes en algunos países latinoamericanos (...) están comprometidos con defender sus intereses principales y competir por el poder a través de reglas acordadas de competencia electoral democrática” (Middlebrook, en Alenda, 2020). El compromiso democrático de los partidos de la Nueva Derecha Chilena, centro derecha o Derecha Social es indiscutido. Ahí radica su primera y principal característica; sin duda es el más particular, por la curiosidad que provoca sobre todo entre quienes engloban a América Latina dentro de una misma tradición política. Este compromiso irrestricto de las derechas en Chile con la institucionalidad y la democracia es clave para entender los procesos que hoy se están viviendo en Chile. Incluso los sectores de la derecha radical de Kast reconocen que es dentro del marco de la democracia y su defensa, desde donde se pueden hacer cambios, pese a que este último mantenga una posición de defensa del régimen militar de Pinochet. Por tanto, el respeto al Estado de Derecho ha sido la base de la historia (larga duración) de la derecha en Chile; desde los albores de la República hasta nuestros días, lo que no implica o signifique que en determinados momentos haya apoyado gobiernos autoritarios, como ocurrió en el periodo 1973-1990.

Tal como se ha podido analizar, desde muy temprano en la historia política chilena, la que en ese entonces era una derecha oligarca terrateniente y de origen colonial, desplaza a los militares a los cuarteles y se hace cargo de la organización nacional. Las bases institucionales que se establecieron en ese momento dieron estabilidad al país, e incluso permitieron su expansión territorial. Las derechas de esa época devinieron de señoriales en financieras, y tal como diría el poeta Vicente Huidobro, el poder pasó de manos de las familias de apellidos “*vinosos*” a las de apellidos “*bancosos*”³⁸. Durante la segunda mitad del siglo XIX los sectores conservadores se enfrentaron a los liberales, primero por el carácter autoritario de los

³⁸ El poeta Vicente Huidobro hace referencia a que las elites chilenas provienen en su origen más remoto de familias aristocráticas de los antiguos castellanos mezclados con inmigración europea. Los apellidos *vinosos* son esos que están relacionados con el trabajo tradicional de la tierra, con la elite terrateniente que consolidó la tradición vitivinícola chilena como los Morandé, Subercaseaux, Cousiño, Cánepa, que coinciden con grandes viñedos. Por su parte, con el correr del siglo XX son desplazados por elites ligadas al comercio y la industria, o a la banca. Ver “Balance patriótico” del poeta chileno Vicente Huidobro.

primeros, luego –parafraseando a Sofía Correa- para seguir con las riendas del poder, se alían para hacer frente al surgimiento de una clase media representada por el Partido Radical, es decir, una nueva clase social que ellos mismos habían ayudado a crear. Con el advenimiento del siglo XX, el desarrollo industrial generó lo que hoy conocemos como proletariado, que encontró su punto de fuga político en el surgimiento del Partido Comunista de Chile y luego del Partido Socialista.

En ese momento, la reacción de la derecha se apegó a la doctrina social de la Iglesia, apareciendo en el ruedo, primero como juventud del Partido Conservador, primero la Falange Nacional y luego la Democracia Cristiana propiamente tal.

El siglo XX le daría a Chile la tradicional división que perduraría hasta 1973: la de los tres tercios, es decir, la izquierda, el centro y la derecha. Las profundas transformaciones sociales y económicas llevadas a cabo a partir de los años cincuenta hicieron que ocurriera en Chile otra de las que será una de las principales características de la derecha en dicho país: por medio de la Reforma Agraria, la extinción de la derecha oligárquica señorial y su definitiva transformación en una derecha al estilo de las democracias europeas.

Paradójicamente, un gobierno de corte fascista y autoritario sería el que pondría la lápida a esa derecha del pasado, dando paso a la incubación durante los años de la dictadura de Pinochet a una Nueva Derecha Chilena.

Esta Nueva Derecha Chilena se caracteriza por una definición clara en torno a la defensa del libre mercado, de las libertades en general (a pesar de que hay sectores más conservadores dentro de ella), pero sobre todo por el respeto irrestricto a la democracia y el rechazo a la solución autoritaria en caso de crisis. Este elemento es fundamental para entender y comparar a la Nueva Derecha Chilena con el resto de las derechas del continente americano.

El paso siguiente ha sido el de redefinir el alma misma de esta corriente, y se ha explicitado como hito relevante la elección de 2009-2010, cuando Sebastián Piñera gana la Presidencia de la República, coincidiendo con los 200 años del inicio del proceso de Independencia del país.

Pero esta derecha nueva no sólo tiene los elementos que se han caracterizado previamente, sino que a partir de ese momento comienza a formular propuestas en torno a una mirada que también rompe con el pasado rígido en materia económica y de negación de la intervención del Estado. Es una derecha que no reniega del rol del Estado en materia de distribución de ingresos, que tiene como objetivo no sólo el

desarrollo para derrotar la pobreza, sino que reafirma la necesidad de políticas públicas que defiendan la igualdad de oportunidades, por lo que algunos autores podrían llegar a afirmar que es una derecha que se desplazó hacia la izquierda. En estricto rigor lo que hizo fue volver a mirar a los orígenes decimonónicos, cuando estando en el poder construyó un Estado fuerte del que ya hemos hablado y que se consolida a mediados del siglo XX.

Surge entonces un nuevo concepto, el de Derecha Social, que ha suscitado los apoyos de partidarios de diversos sectores de derechas, ergo, lo que retóricamente se define en Chile como derecha social, se corresponde con la posibilidad de romper la barrera del apego absoluto a las ortodoxia del mercado como único patrón de intercambio y de elemento de políticas redistributivas del ingreso. En ese sentido, esta Nueva Derecha Chilena abre una brecha en los sectores de centro, pero más allá, también en los sectores moderados de centro-izquierda e izquierda no radicalizada, con respecto al rol del Estado y la necesidad de que éste tenga un papel importante en el mejoramiento del bienestar de las personas. No implica una renuncia a la función del mercado en el crecimiento, no significa una ruptura con los ideales de una sociedad plural y libre, sino más bien un compromiso con la extensión de beneficios en pos de una igualdad de oportunidades. Esto lo señalan muy bien Kenneth Roberts, al indicar que la derecha en Chile lo que está haciendo es romper con la carga que tradicionalmente se le achaca sobre su apego doctrinario al mercado y atreverse a experimentar o defender ideas que tienen que ver con la inclusión social, quizás rompiendo con la lógica de bipolaridad de la Guerra Fría, es decir, es una derecha que ya no responde a ese esquema de lucha entre dos ejes, sino que mucho más abierta a la adaptación a los desafíos de un país en desarrollo, crecimiento y consolidación (Roberts, en Luna & Rovira, 2014, pp. 43-44).

En Chile puede observarse este proceso de manera clara, sobre todo desde el punto pivotante que se ha mencionado en este estudio, es decir, el año 2010. En ese momento, se produce una especie de consenso tácito en que las políticas públicas de mejoramiento de las condiciones de vida de las personas, como la reforma previsional impulsada durante el primer gobierno de Michelle Bachelet o el sistema intersectorial de protección social, se consideran políticas de Estado, y son incluso ampliados y mejorados en el posterior gobierno de derechas, con Sebastián Piñera a la cabeza. En ese sentido, la duda que surge desde el punto de vista del análisis político tiene que ver entonces por las causas del descontento social expresado a partir de octubre de

2019, aunque esa discusión forma parte de otro objeto de estudio y no el que se muestra en el presente trabajo; por lo demás, existen diversos escritos que han surgido al respecto, con diversas interpretaciones, desde las más coyunturales, apasionadas y militantes, hasta otras con una altura de miras seria y con perspectiva académica.

A pesar de que una de las principales conclusiones de este trabajo sea el hecho de que la Nueva Derecha Chilena tiene un compromiso profundo y arraigado con la democracia, no es posible dejar de mencionar que con los sucesos de octubre de 2019 aparece un pequeño germen de autoritarismo que se expresó principalmente en las declaraciones de la derecha radical representada por José Antonio Kast. Stéphanie Alenda lo señala de la siguiente manera: “cuando el presidente Piñera decretó el estado de emergencia, recibiendo el espaldarazo del líder de la derecha radical José Antonio Kast, la derecha pareció reconectarse con su pasado autoritario. Algunos días después (...), la invitación del presidente a que [concurrieran] observadores de la ONU y de Human Rights Watch volvía, en cambio, a sintonizar con la defensa de los derechos humanos, un aspecto que marca una suerte de línea divisoria entre ‘la nueva derecha’ y la más antigua” (Alenda, 2020). De todos modos es necesario dejar claro que el conglomerado de Kast no forma parte de la coalición de gobierno y que él mismo no formó parte del proceso de primarias de la centro derecha, por lo que puede ser denominado con todas sus letras como derecha extrema o derecha radical.

No es posible hablar en Chile de una nueva derecha como la de Trump. En Chile la Nueva Derecha es una derecha que se acerca a las centroderechas de las democracias modernas, sobre todo de las europeas, con una fuerte presencia del centro político, con una defensa rígida de la democracia y la institucionalidad. Esta Nueva Derecha Chilena es, por tanto, una Derecha Social, lo que se confirma con los discursos y propuestas de los candidatos presidenciales que disputaron una elección primaria, para llegar unidos a la elección presidencial de noviembre de 2021. Tanto Joaquín Lavín como Mario Desbordes, así como Sebastián Sichel e Ignacio Briones, reconocen en el Estado al principal factor de redistribución de la riqueza. Los matices están en otros ámbitos. Esta nueva derecha en Chile reafirma el compromiso con políticas que hace tan sólo diez años eran impensadas, como la decisión del presidente Piñera de apurar el trámite legislativo del matrimonio igualitario, defendido por 3 de los 4 candidatos a la primaria.

Esta Derecha Social es la actualización de la Nueva Derecha Chilena y siguiendo a Herrera tiene por principales características el ser republicana, territorial y

popular. La personificación de estas tres ideas están contenidas en la figura de Mario Desbordes, pero de cierto modo están presentes en los cuatro candidatos presidenciales de derechas. Por cierto, en Sebastián Sichel, el ganador de esa primaria, que representará al sector en noviembre. El origen de centro de Sichel, sumado a su paso importante como militante demócratacristiano, y ahora independiente, aporta mucho más a la consolidación de la idea de que la derecha chilena ha devenido en centroderecha, aislando y a veces excluyendo a los sectores radicales. Esta centroderecha podría asemejarse más al concepto que de ellas se tiene en el contexto europeo.

El espíritu republicano queda patente al momento de que este sector político logra sin dificultades ponerse de acuerdo para definir en un proceso legal, amplio y regulado por el Servicio Electoral, al candidato único que llevará el sector a las presidenciales de noviembre de 2021. Este hecho contrasta con los problemas que ha tenido la izquierda y la centro izquierda para el mismo objetivo. En este último caso se desarrollaron primarias legales entre el candidato del Frente Amplio³⁹ (FA, conglomerado de izquierda con fuerte crítica a los gobiernos de la Concertación) y el del Partido Comunista, es decir, se trata de una competencia de la izquierda y extrema izquierda propiamente tal. Por otro lado, los sectores de izquierda moderada y de centro izquierda siguen en cierto modo a la deriva, eligiendo a su candidata, Yazna Provoste (DC) en un proceso de primaria no legal con una bajísima participación. Deberán entonces en noviembre tomar la decisión de si apoyarán al ganador de la disputa PC-FA, Gabriel Boric. La situación de la Democracia Cristiana es una de las más complejas, aunque su casi nula participación en la Convención Constituyente deja a la DC como un partido minoritario en este ajedrez, y donde los sectores más conservadores no ven con malos ojos apoyar a un candidato de derechas, tal como los sectores socialdemócratas lo han hecho en algunas democracias europeas.

Lo que queda claro es que esta nueva derecha chilena es una derecha diferente: toma el discurso retórico para diferenciarse, para decir que no es la misma del pasado, pero no se queda ahí; incorpora elementos novedosos en cuanto a protección social y solidaridad. La nueva derecha chilena está hoy en un tránsito para

³⁹ A la fecha el Frente Amplio está formado por varios grupos y conglomerados políticos, muchos de ellos no han logrado convertirse en partidos propiamente tal. Responde a una orgánica sin organización clara, lo que desemboca en un desorden interno a la hora de elegir candidatos y plantear propuestas. Sin embargo, concentra un buen número de alcaldes y concejales en las últimas elecciones municipales, además de lograr instalar en la agenda temas como la educación gratuita, la modificación de la Constitución o la eliminación del sistema de pensiones chileno AFP.

demostrar que no es sólo distinta a la del pasado y que va más allá de un discurso. Vive hoy un proceso y una oportunidad de demostrar que es, efectivamente, otra.

Finalmente, Chile atraviesa hoy una encrucijada compleja. Quizás no es la más traumática de su historia, pero sí la que abre un camino hacia un verdadero cambio de sistema político. Este TFM no es posible completarlo con lo que ocurrirán en tan solo una semana más, pero al menos sirve de testimonio casi en tiempo real de lo que ha estado ocurriendo en una de las democracias más sólidas del Cono Sur. Lo que ocurra luego, será y deberá ser materia de estudio de otras investigaciones, que se abren camino a posibles conclusiones, ya con más antecedentes sobre la mesa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alenda, Stéphanie, (ed.), “Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio”, prólogo de Kevin Middlebrook, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 2020.
- Allamand, Andres; Cubillos, Marcela, “La estrella y el arcoíris. Cómo después de 20 años fue derrotada la Concertación”, Aguilar, Santiago de Chile, 2010.
- Arqueros, Claudio, (ed.) “50 años de gremialismo. Su influencia en la modernización chilena”, Fundación Jaime Guzmán, Editorial JGE, Santiago de Chile, 2017.
- Badenas, Juanma, “La derecha. La imprescindible aportación de la derecha a la sociedad actual”, Almuzara, España, 2020.
- Benoist, Alain de, “La nueva derecha”, Colección Tablero, Planeta/Instituto de Estudios Económicos, España, 1982
- Bobbio, Norberto, “Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política”, Taurus, octava edición, España, 1996.
- Cavallo, Ascanio, “La historia oculta de la transición”, Grijalbo, Santiago, 1998.
- Castells, Manuel, “Ruptura. La crisis de la democracia liberal”, tercera edición actualizada, Alianza Editorial, España, 2020.
- Fernández, Joaquín; Rumié, Sebastián, “Las transformaciones de la derecha chilena: desafíos, adaptaciones y renovaciones”, en “Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio”, prólogo de Kevin Middlebrook, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 2020.
- Garretón, Manuel Antonio, “La evolución política del régimen militar chileno y los problemas en la transición a la democracia”, en O’Donnell, G., Schmitter, P., Whitehead, L., (Compiladores) “Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas Comparadas”, Vol. 2, Cap. 5, pp. 147-186, Paidós, España, 1994.
- Gibson, “Conservative electoral movements and democratic politics: Core constituencies, coalition building, and the Latin American Right” en Douglas A. Chalmers, Maria do Carmo Campello de Souza and Atilio A. Boron (eds.)

- “The right and democracy in Latin America”, Columbia University, Institute of Latin American and Iberian Studies, pp. 13-42, New York, 1992.
- Gil Pecharromán, Julio, “La estirpe del camaleón. Una historia política de la derecha en España 1937-2004”, Taurus, España, 2019.
 - Griffin, Roger, “Plus ça change! El pedigrí fascista de la nueva derecha”, en Simón, Miguel Ángel (editor), “La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días”, Tecnos, España, 2007, pp. 67-104.
 - Herrera, Hugo, “Crisis epocal y republicanismo popular”, prólogo de Mario Desbordes, Ediciones del Puangue, Santiago de Chile, enero, 2021.
 - Herrera, Hugo, “La historia intelectual de la derecha chilena como acervo para una comprensión política del presente”, *Puntos de Referencia*, Centro de Estudios Públicos, Edición Digital N° 567, pp. 15-29, mayo, 2021.
 - Hinkelmmert, Franz J., “Democracia y nueva derecha en América Latina”, Nueva Sociedad N° 98, Noviembre-Diciembre 1998, pp. 104-115.
 - Kaiser, Axel, “La fatal ignorancia. La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista”, Fundación para el Progreso, Unión Editorial, Madrid, 2014.
 - Kaufman, Robert R., “Liberalización y democratización en América del Sur: perspectivas a partir de la década de 1970”, en O’Donnell, G., Schmitter, P., Whitehead, L., (Compiladores) “Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas Comparadas”, Vol. 3, Cap. 4, pp. 137-170, Paidós, España, 1994.
 - Lauer, Mirko, Nueva Sociedad N° 98, Noviembre-Diciembre 1988, pp. 134-142, 1988.
 - Linz, Juan J.; Stepan, Alfred, “Transizione e consolidamento democratico”, Società Editrice Il Mulino, Bologna, 2000.
 - López Segrera, Francisco, “América latina: crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha”, CLACSO, CICCUS, 2016.
 - Loxton, James, “*The authoritarian roots of the new right party success in Latin America*”, en Luna, Juan Pablo; Rovira Kaltwasser, Cristóbal (ed.), “The resilience of the Latin American right”, pp. 117-142, John Hopkins University Press, Baltimore, 2014.
 - Luna, Juan Pablo; Rovira Kaltwasser, Cristóbal (ed.), “The resilience of the Latin American right”, John Hopkins University Press, Baltimore, 2014.

- Mansuy, Daniel, “Los desafíos de la derecha”, Puntos de Referencia, Centro de Estudios Públicos, Edición Digital N° 576, julio, 2021.
- Mella Polanco, Marcelo; Miguel Ángel López, Pablo Valenzuela Gutiérrez y Camila Berríos, “Cambios programáticos y estratégicos de la derecha en Chile (1989-2013)”, Colombia Internacional (100), 91-120, 2019, disponible en <http://doi.org/10.7440/colombiain100.2019.05>
- Moncada, Samuel, “Derecha intelectual y grupos empresarios”, Nueva Sociedad N° 98, noviembre-diciembre, pp. 116-122, 1988.
- Morlino, Leonardo, “Cómo cambian los regímenes políticos”, traducción de José Juan González Encinar, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985.
- Morlino, Leonardo, “Transiciones democráticas: entre cuestiones teóricas y análisis empírico”, Revista Española de Ciencia Política, Núm. 39, noviembre 2015, pp. 17-42, 2015.
- Morlino, Leonardo, “Las democracias en América Latina: un balance con consecuencias políticas”, SOCIETÁMUTAMENTOPOLITICA, ISSN 2038-31 50, vol. 9, n. 17, pp. 27-42, Firenze University Press, 2018.
- Moulian, Tomás, “Chile actual: anatomía de un mito”, LOM ediciones, Chile, 1997.
- Natanson, José, “La nueva derecha en América Latina”, en Le Monde Diplomatique, Edición noviembre 2014, N° 185.
- O’Donnell, G., Schmitter, P., Whitehead, L., (Compiladores) “Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas Comparadas”, Vol. 3, Paidós, España, 1994.
- Pinto R., Carolina, “UDI. La conquista de los corazones populares (1983-1987)”, Editorial A&V, Santiago de Chile, 2006.
- Roberts, Kenneth M., “*Democracy, free markets, and the rightist dilemma in Latin America*”, en Luna, Juan Pablo; Rovira Kaltwasser, Cristóbal (ed.), “The resilience of the Latin American right”, pp. 25-47, John Hopkins University Press, Baltimore, 2014.
- Romero, José Luis, “El pensamiento político de la derecha latinoamericana”, Paidós, Buenos Aires, 1970

- Schwember, Felipe, “¿Qué significa ser de derecha hoy”, Puntos de Referencia, Centro de Estudios Públicos, Edición Digital N° 576, julio, 2021.
- Siavelis, Peter M., “*Chile: the right’s evolution from democracy to authoritarianism and back again*”, en Luna, Juan Pablo; Rovira Kaltwasser, Cristóbal (ed.), “The resilience of the Latin American right”, pp. 242-267, John Hopkins University Press, Baltimore, 2014.
- Simón, Miguel Ángel, “La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días”, Tecnos, Madrid, 2007.
- Stepan, Alfred, “*Caminos hacia la democratización en América del Sur: consideraciones teóricas y análisis comparativos*”, en O’Donnell, G., Schmitter, P., Whitehead, L., (Compiladores) “Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas Comparadas”, Vol. 3, Cap. 3, pp. 105-136, Paidós, España, 1994.
- Toranzo Roca, Carlos, “Giro a la derecha. Bolivia en el vals regional”, Nueva Sociedad N° 98, noviembre-diciembre, pp. 161-166, 1988.
- Traverso, Enzo, “Las nuevas caras de la derecha”, Siglo Veintiuno Editores, Argentina, 2018.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica, Álvarez Vallejos, Rolando, Pinto Vallejos, Julio, “Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)”, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2006.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica, “Nacionales y gremialistas. El ‘parto’ de la nueva derecha política chilena, 1964-1973”, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2008.
- Valenzuela, Arturo, “The breakdown of democratic regimes. Chile”, edited by Juan J. Linz and Alfred Stepan, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 1978.
- Villacañas, José Luis, “Populismo”, La Huerta Grande, 2ª edición, Madrid, 2015.
- Zanatta, Loris, “El populismo”, Katz, Madrid, 2015.
- Zanatta, Loris, “Historia de América Latina. De la Colonia al siglo XXI”, Siglo Veintiuno Editores S.A., Argentina, 2016.

Columnas de opinión

- Herrera, Hugo, “Dos derechas”, *Diario La Tercera*, Chile, 24 de junio de 2020, disponible en <https://www.latercera.com/opinion/noticia/dos-derechas/PEAA2RJDLVAKPHZ2A4LY4GKTVY/> (a)
- Herrera, Hugo, “22% o centroderecha política”, *Diario La Segunda*, Chile, 29 de junio de 2021. (b)
- Herrera, Hugo, “Republicanos, populares y de la tierra: la propuesta ideológico-política de la centroderecha de Mario Desbordes”, *Diario El Mostrador*, Chile, 3 de julio de 2021, disponible en <https://www.elmostrador.cl/destacado/2021/07/03/republicanos-populares-y-de-la-tierra-sobre-la-propuesta-ideologico-politica-de-la-centroderecha-de-mario-desbordes/> (c)
- Herrera, Hugo, “No triunfa la centroderecha sin...”, *Diario La Tercera*, Chile, 5 de julio de 2021, disponible en <https://www.latercera.com/opinion/noticia/no-triunfa-la-centroderecha-sin/STV52AH66RBQLMTRXS2BWH5MWI/> (d)

Otros documentos

- Declaración de Principios EVOPOLI, disponible en <https://www.evopoli.cl/conoce-evopoli/principios/>
- Declaración de Principios PRI, disponible en <https://www.pridemocrata.cl/wp-content/uploads/2020/05/DECLARACION%20DE-PRINCIPIOS-PRI-2020-1.pdf>
- Declaración de Principios UDI, disponible en <https://www.udi.cl/principios-2/>
- Declaración de Principios RN, disponible en <https://rn.cl/principios-rn/>
- Encuesta Pulso Ciudadano, Activa, Agosto 2021, disponible en https://chile.activasite.com/wp-content/uploads/2021/08/Pulso_Ciudadano_Informe_Agosto_Q1.pdf

- Libertad y Desarrollo, “Balance del gobierno de Sebastián Piñera” en *Temas Públicos*, N° 1.149, 14 de marzo de 2014, www.lyd.org, disponible en <https://archivos.lyd.org/lyd/biblioteca/pdf/6001150-1.pdf>
- Programa de Gobierno Mario Desbordes, disponible en <https://desbordes.cl/programa-de-gobierno/>
- Ejes programáticos Ignacio Briones, disponible en <https://juntosporbriones.cl/ejes-programaticos/>
- Programa de Gobierno Sebastián Sichel, disponible en <https://www.sumamosxsichel.cl/programa/>
- Programa de Gobierno Joaquín Lavín, disponible en <https://joaquinlavin.cl/>
- Huidobro, Vicente, “Balance patriótico”, disponible en http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D15632%2526ISID%253D417%2526PRT%253D15631%2526JNID%253D12,00.html